

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 25 de Abril

Núm. 15

Año XII. No. 535

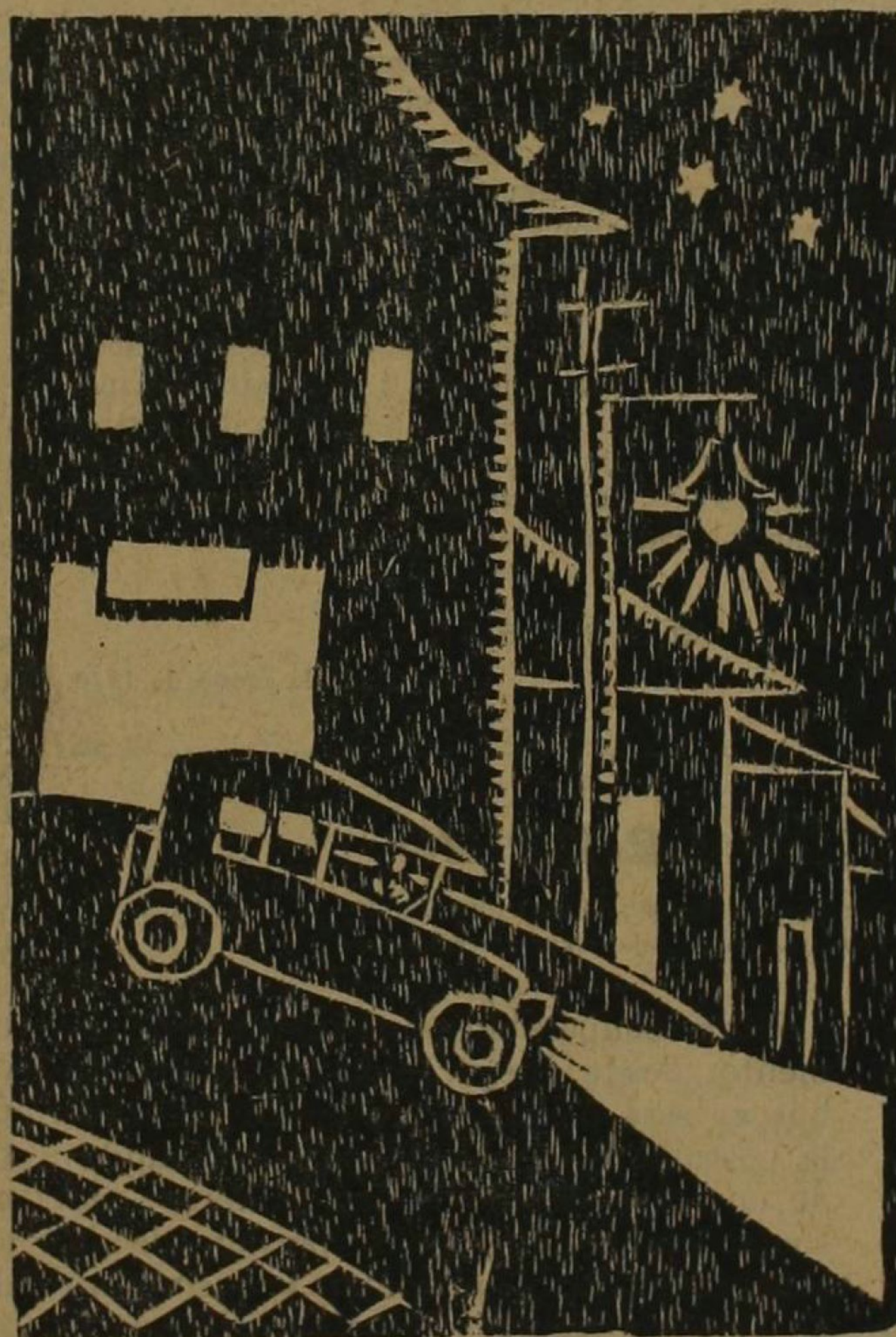
SUMARIO

La moral del automóvil en España..... José Ortega y Gasset
Shelly, el niño perpetuo Francis Thompson
Bibliografía titular.....
Poesías..... Jorge Sáenz Cordero
Apreciaciones Antonio Méiz Bolio, Ricardo León y Alfonso Reyes
La «carretera panamericana», otro de los funestos negocios del imperialismo yanqui..... Juan del Camino

Una noche en los pantanos..... Panait Istrati
Qué hora es?.....
El estudio de la matemática Bertrand Russell
Apostilla a un *Persiflage*..... Rómulo Betancourt
Donde nos dan gato por liebre Persiles
Defendamos nuestra energía eléctrica..... Enrique Jiménez Núñez
Vasconcelos en París..... Carlos Deambrosio-Martins

La moral del automóvil en España

= De El Sol, Madrid. =



Por F. Amighetti.

Al acrecer los aranceles para la entrada de automóviles y sus accesorios, el Gobierno se ha propuesto exclusivamente una finalidad política que usa en este caso de un expediente hacendístico. Yo no sé si política y económicamente tal disposición es buena o es mala. Supongamos que es pésima. No obstante, la aplaudo fervorosamente, por una razón inesperada en que el Gobierno no ha pensado un momento. Esta razón, impolítica y tal vez antieconómica, es una razón moral. Si estuviese en mi mano, yo haría subir diez veces más los derechos sobre importación de estos admirables artefactos. Acaso extrañe al lector hallar que manifiesto opinión semejante, ya que es bastante notorio mi entusiasmo por este objeto semoviente. Pero quizá es este mismo entusiasmo quien me ha hecho reflexionar un poco sobre el comportamiento de mis compatriotas con el automóvil y me ha llevado a descubrir que es sencillamente inmoral.

Se trata nada más que de un detalle, ya lo sé; pero es un detalle ejemplar. La conducta del español en su trato con el automóvil puede valer como un paradigma de la inmoralidad general en que, no sé bien desde cuándo, ni si años o siglos, ha decidido constituirse.

Conviene saber que es España uno de los países donde hay mayor número de automóviles, proporcionalmente al número de habitantes. En alguna estadística he visto que ocupaba el cuarto lugar. Aun cuando fuese éste algo más bajo, debería sorprendernos. Porque estamos habituados al bochorno de que en casi todas las estadísticas sobre actividades humanas positivas nuestro país ocupa el último puesto, o simplemente no ocupa ninguno, porque nuestro país es el único que no se ha molestado en hacer lo más ingenuo que en un orden cualquiera cabe hacer; esto es: una estadística. Pero si en vez de formar ésta buscando la proporción con los habitantes se investiga la proporción con la riqueza, que es la contrapartida más expresiva cuando se trata de posesión de máquinas, el puesto de España sería el segundo, si no era resueltamente el primero. No importa al caso la exactitud de esta evaluación, porque de todas suertes resplandecería la más extraña desproporción entre la pobreza española y el número de sus automóviles.

Es sobre manera raro que nuestra casta manifieste entusiasmo por cosa alguna del universo; pero mucho más que resulte de súbito enardecerse por una máquina y en general por un uso modernísimo. Cuando esta regla sufre alguna excepción, la causa no suele ser de buen jaez. Así, la rápida extensión del alumbrado eléctrico se debió a un error. Se creyó que por fin la desventaja que para la vida económica del país representaban sus desniveles iba a convertirse en un provecho holgado y de muy sencilla obtención. Pero

hubo error en el aforo de los torrentes, y las fábricas de electricidad arrastran el peso del estiaje, y España está ciertamente alumbrada de punta a punta por la luz eléctrica, pero una luz eléctrica mala y cara.

Quedamos, pues, en que es nuestra nación una de las que más automóviles poseen, y en que esto es un poco sorprendente. Pero no para aquí la maravilla. Cuando el señorito madrileño se asoma a Francia vuelve lleno de desdén por los franceses, que «gastan» unos coches mal tenidos, sucios y de calidad inferior. En cambio, en Madrid no sólo hay un número proporcionalmente fabuloso de automóviles, sino que éstos suelen ser de superior calidad y están siempre lucientes, lustrosos, como recién salidos de la fábrica. Y el señorito madrileño se queda sumamente satisfecho, orgulloso con la averiguación.

Pero este superlativo de la maravilla resulta francamente excesivo, y a todo el que no posea una cabeza de cartón, como la usufructuada por esos señoritos, le pone en la pista, para descu-

brir lo que verdaderamente significa el automóvil en España.

Francia se caracteriza por la suciedad y modestia de sus coches. Está bien. Pero se caracteriza no menos por haber sido el país inventor del automóvil, por haber creado la primera industria—cronológicamente—de este utensilio, por haber vencido las dificultades técnicas mayores que se presentan siempre en la primera etapa de una creación mecánica. España, en cambio, sobresale por el lucimiento y repulidez de sus coches, que van por esas calles y paseos como si acabasen de abandonar las fábricas. Pero sobresale también por ser el único país europeo de gran población donde no hay fábricas nacionales de automóviles.

¿Por qué se satisfacen los señoritos celtíberos mirándose en el espejo de charol que sus vehículos les presentan? Ni ellos, ni sus familias, ni sus compatriotas han producido esos prodigiosos objetos. Si al menos lavasen ellos mismos sus coches, aun tendrían algún derecho a envanecerse de su brillo. Pero aquí viene otra grave diferencia con Francia, y en general con el resto del mundo. El esplendor de nuestros coches se debe simplemente a estas dos causas:

Primera. Que es España el país donde proporcionalmente hay menos «autos» sin mecánico asalariado, lo cual a su vez procede de los siguientes hechos deplorables: a), que el criado es todavía barato en España, síntoma terrible de retraso político, económico y moral; b), que el automóvil no es lo que es ya en todas partes: un aparato de utilidad para facilitar el ejercicio de las profesiones, y no exclusivamente de lujo. Por eso fuera de España usa del automóvil muchísima gente que lo necesita y no tiene fortuna para pagarse un «chauffeur». De aquí su descuidado aspecto.

Segunda: Los coches españoles brillan mucho por su resplandeciente pintura, pero brillan mucho más por su ausencia de las carreteras. Aquí está la esencia de lo que el automóvil es para el español. No lo usa como el francés o el alemán, para viajar a sus negocios ni para recorrer curiosamente las tierras, sino para darse una vuelta por los paseos urbanos y lucir el vehículo. La cosa sería inverosímil en cualquier otro pueblo donde no pulule el «señorito», pero entre nosotros es así. Y por esta razón de vanidad la nación española, que es muy pobre, hace sacrificio de comprar al Extranjero proporcionalmente más coches que otra ninguna.

El señorito es la especie de criatura humana más despreciable y estéril que puede haber. Yo conozco sólo dos pueblos donde se produzca con abundancia bastante para constituir una clase de hombres predominante y saturar con su modo de existencia la vida colectiva: España y la Argen-

tina (1). El señorito es el único ente de nuestra categoría zoológica que no *hace* nada, sino que toda su vida le es *hecha*. Incapaz de producir, todas las cosas del mundo, al llegar a él, se convierten en meros dijes y ornamentos, que pone sobre su persona para vanidoso lucimiento. Así se explica la contradicción que hay entre que España posea tantos automóviles y sea el lugar donde menos empeño existe por tener una industria de ellos.

Es verdaderamente inconcebible y vergonzoso que el español no se haya dado aún cuenta de que el automóvil significa hoy un artículo de primera necesidad, si no para todo individuo, para toda colectividad nacional. Poner tal fuego al servicio de lo que estos trebejos puedan representar como vanidad, y tan ningún esfuerzo en lo que son como menester en la vida pública, revela una desmoralización profunda del hombre español. Irrita y subleva conocer la cantidad de estupidez que gobierna en España cuanto al automóvil se refiere.

Porque no hay sólo ausencia de fabricación y entrega a la producción extranjera, sino que ni siquiera la compra se hace en condiciones económicas. El español tolera que los representantes de fábricas extranjeras le pidan por un coche mucho más de lo debido. Así acontece que, aun descontando el sobreprecio de importación y la pérdida del cambio, cuestan en España los coches más que en cualquier otra parte del mundo. Y lo propio pasa con todos los accesorios.

Ya que no fabricarlos, podíamos al menos tener discretos talleres de reparación. Pero todo el mundo sabe que los talleres indígenas son de una incompetencia desesperante y de una carestía criminal.

Nada significaría moralmente esta acumulación de absurdos si hubiésemos asistido a ensayos enérgicos para corregirla, aunque los ensayos hubiesen fracasado. Pero no creo que haya habido

intento alguno apreciable para conseguir que el automovilismo en España se comporte con sentido común.

Y nada mejora el juicio que los hechos enunciados imponen advertir que el automóvil no es en España sólo cosa de señoritos, como lo demuestra el crecido número de camiones industriales. Para mí es esto mucho peor. Pues aun se comprende que el vanidoso haga el sacrificio a su vanidad sin preocuparse del sentido común; pero es ininteligible que los industriales no se preocupen de tener vehículos y poder usarlos en las condiciones normales hoy dondequiera.

La única entidad que hace años trabajó bebenientemente para poner algún orden y decoro en esta materia de locomoción fué el Real Automóvil Club. Pero el calibre de lo que hoy fuera urgente acometer rebosa por completo los medios de cualquier asociación particular y deportiva.

El *inri* lo pone en todo esto la complacencia con que suele hablar ahora el señorito de nuestras nuevas carreteras. Va muy bien con la contextura de su testa justificar el advenimiento nada menos que de una Dictadura, poniendo en su abono la mejora de algunos caminos. Ni será fácil hacerles notar la monstruosidad del razonamiento, aunque ella frisa en la deficiencia mental, de la que podría valer como síntoma clínico (1).

Cuando durante años y años se ha andado y rodado por los caminitos de España, como yo he hecho, se sabe muy bien que de todas las cosas del universo la menos urgente eran magníficas carreteras para automóviles. Por la sencilla razón de que esas carreteras han estado y siguen estando solitarias. Ahora empiezan a encontrarse algunos autobuses; pero el señorito que habla de nuestros excelentes caminos no aparece por ellos. En cambio, las vías francesas están llenas de coches que marchan ruidosos, sucios y sin primor.

José Ortega y Gasset

Madrid, 2 de agosto de 1930.

Shelley, el niño perpetuo

= Fragmento del magistral ensayo acerca de *Shelley*, de FRANCIS THOMPSON. Traducción de HIPÓLITO MATTONELL para *Repertorio Americano*. =

No hay entre nosotros, en la actualidad (2), descendiente directo, en la línea poética, de Shelley; apenas sería posible vástago tal del Shelley abundantemente espontáneo; y menos posible aún debido al defecto que, creemos, enmohece a la poesía contemporánea cuando la comparamos con la de a principios del siglo diecinueve. Ese defecto es el predominio del arte sobre la inspiración, del cuerpo sobre el alma. No decimos *defecto* de inspiración: el guerrero está en su puesto pero impedido por demasía de arreos. Los escritores de elevados esfuerzos en todas las ramas de la literatura, aún cuando no sean (como lo es Mr. Swinburne, por ejemplo) pródigos de expresión, generalmente se expresan con deliberación excesiva. Mr. Henry James, al delinear a un escritor ficticio que evidentemente propuso como arquetipo del artista, le hace lamentarse de haberse permitido emplear a veces la segunda palabra en vez de haber rebuscado hasta dar con la

palabra insuperablemente mejor. Teóricamente, desde luego, siempre se ha de buscar esta última. Pero en la práctica, la costumbre de tomar demasiado cuidado en la selección de las palabras con frecuencia resulta en la pérdida de la espontaneidad; y, peor aún, la costumbre de emplear siempre la palabra insuperable, con demasiada facilidad se convierte en el vicio de emplear la palabra más decorativa, la más apartada del lenguaje corriente. En consecuencia de esto, la dicción poética se ha convertido últimamente en un kaleidoscopio, y la principal curiosidad que se tiene, se refiere a las combinaciones precisas en que se arreglarán las coloridas piezas al moverlas. Hay, de hecho, una banda de palabras, cohortes pretorianas de la poesía, cuya ayuda prescriptiva la invoca todo aspirante a la púrpura poética, y sin cuya ayuda prescriptiva nadie se atreve a aspirar a esa púrpura; contra estas palabras ya es tiempo de levantar bandera. Quizás sea imposible que un escritor con-

temporáneo evada el servicio de las palabras lanzas-libres que militan bajo tantos pendones. Pero, de todos modos, es curioso apuntar el hecho de que la revolución literaria contra la despótica dicción de Pope parece acabar, como las revoluciones políticas, en un despotismo de su propia hechura.

Esto, pues,—es imposible dejar de pensarlo,—diferencia del nuestro el período literario de Shelley. Diferencia hasta los tesoros indiscutibles y obras maestras de hoy día, de las obras maestras y los tesoros similares de ayer; hasta *The Lotos Eaters*, de *Kubla Khan*; hasta las baladas de Rossetti, de *Christabel*. Está en la contención de Matthew Arnold no menos que en la exhuberancia de Swinburne, y afecta a nuestros escritores que pretenden la sencillez no menos que a aquellos que alardean de riqueza. En verdad, nada es tan artificial como nuestra sencillez. Es la sencillez de la *ingénue* del teatro francés. Estamos conscientes de nosotros mismos hasta las yemas de los dedos; y esta cualidad inherente en nosotros, por la que inevitablemente pierde espontaneidad nuestra poesía, nos asegura que no importa qué poetas nos nazcan de la línea de Shelley, por grande que sea su excelencia no podrán encarnar entre nosotros el espíritu del fundador de su linaje. Una época que está dejando de producir niños no puede producir un Shelley. Porque como poeta y como hombre Shelley era esencialmente niño.

Sin embargo, así como en la hastiada sociedad francesa en vísperas de la Revolución la Reina jugaba que era pastora en Arcadia, y el Rey que era mecánico, y todos que eran sencillos y devotos de la filantropía universal, y dejaron como el resultado más durable de su filantropía la guillotina, como puede ser el resultado más durable de la filantropía nuestra la silla eléctrica, así, en nuestra sociedad, cuanto se dice de la benevolencia, y del culto de la niñez, no es sino la moda de última hora. Nosotros, los de esta generación incrédula y consciente de sí misma, sentimentalizamos a nuestros hijos, analizamos a nuestros hijos, nos creemos dotados de una capacidad especial para simpatizar y para identificarnos con la niñez; jugamos a que somos niños. Y el resultado es que no nos volvemos niños; sino que nuestros niños dejan de serlo. ¡Cansa tanto agacharse al nivel del pequeño, y es mucho más fácil alzarlo al nuestro! ¿Sabéis qué es ser niño? Es ser algo muy distinto del hombre de hoy. Es tener un espíritu que aún chorrea las aguas del bautismo; es creer en el amor, creer que lo lindo existe, creer en la actividad de creer; es ser tan chico que los duendes puedan decirnos secretos al oído; es volver carruajes las calabazas, y caballos los ratones, y elevado lo humillado, y hacer todo de nada, porque cada niño tiene su hada madrina en su alma propia; es vivir en una nuez y tenerse por rey del espacio ilimitable, es

*Mirar un mundo en un grano de arena
y el cielo en una flor silvestre,
tener el infinito en la palma de la mano,
y la eternidad en una hora;*

(1) Y aún este emparejamiento es por ventura un poco injusto, porque el señorito argentino suele ocuparse de algo, y el español, de nada.

(2) Francis Thompson publicó su famoso ensayo en julio de 1908, en *The Dublin Review*. Al hablar de poetas contemporáneos suyos, se refiere, desde luego, a los poetas ingleses de su tiempo. Sus observaciones, sin embargo, me parecen muy pertinentes hoy con referencia a los poetas de habla castellana.—Tr.

(1) Esta historia de las carreteras merecería todo un capítulo aparte. Quedará ya como hecho incuestionable que hasta la Dictadura nadie se había ocupado de mejorarlas, y, sin embargo, esto es completamente falso. Lo que nadie había usado hasta ella es construir antieconómicamente unos cuantos caminos lujosísimos que ofenden la humildad de nuestras glebas y villorrios. ¡Señoritismo, señoritismo!

es no saber aún que se está bajo sentencia de vida, ni pedir que se conmute por la muerte. Cuando al soñar nos damos cuenta de que soñamos, el sueño está a punto de romperse; cuando al vivir nos damos cuenta de que vivimos, la pesadilla comienza. Ahora bien, si Shelley tuvo demasiada conciencia del sueño, pudo habersele aplicado el famoso y falso verso de Dryden con mucho menos de la mendacidad usual. Hasta su fin, en grado no común ni entre los poetas, retuvo Shelley la idiosincrasia de la niñez, ensanchada y madurada sin diferenciarse. Hasta su fin, Shelley fué el niño encantado.

Ello, como es bien sabido, está patente en su vida. También lo está, aunque de manera menos obvia, en su poesía, efluencia sincera de su vida. Por lo que no estará mal considerar si esa cualidad suya no sería condicionada por algo más allá de su naturaleza congénita. Nosotros creemos que parte igual al de la naturaleza suya tuvo, en darle carácter de niño, su temprano y largo aislamiento. Los hombres dados al retiro y al estudio abstracto es notorio que contraen cierto grado de niñez; y si éste es el caso cuando segregamos a un hombre, ¡cuánto más no lo será cuando segregamos a un niño! Cuando se les echa en la solución de la vida de la escuela, los párvulos, por el intercambio de influencias recíprocas con sus compañeros, sufren las series de reacciones que los hacen de niños muchachos y de muchachos hombres. Para llegar a la etapa final hay que atravesar la intermediaria.

Y bien; Shelley no pudo haber sido hombre, porque nunca fue muchacho. Y la razón está en la persecución que nubló sus días de escuela. Del efecto de esa persecución en su carácter nos ha dejado *The Revolt of Islam*, cuadro que a muchos o a la mayoría les parecerá exageración poética; en parte porque Shelley parece haber escapado la brutalidad física, en parte porque los grandes tienden a sonreírse con ternura de los pesares de los niños no causados por sufrimiento físico. Qué escapara de la violencia corporal, no viene nada al caso. Es la mezquina y maligna molestia repetida hora por hora, día tras día, mes y mes, hasta que su acumulación se hace agonía; es esto el arma terrible que los muchachos esgrimen contra su compañero, quien no puede escapar porque, a diferencia del adulto, no tiene soledad ni refugio privado. Suyo es el tormento que los antiguos empleaban cuando untaban de miel la víctima y la exponían desnuda a la incesante fiebre de las moscas. Él es, el niño atormentado, pequeño San Sebastián acribillado por el vuelo incesante de saetas que habilmente esquivan las partes vitales.

Por consiguiente no sospechamos exageración en Shelley: no cabe duda de que sufrió dolor terrible. Quienes piensen de otro modo será porque han olvidado su pasado propio. La mayoría de la gente, nos suponemos, *deben* de haber olvidado cómo eran cuando niños: si no, sabrían que los pesares de su niñez eran abandonos apasionados, *déchirants* (para emplear una frase característica de la literatura moderna de Francia) como las

penas de su madurez. Los pesares del niño son pequeños, es cierto; pero pequeño es él también, pequeña su capacidad para aguantar, pequeño el campo de su visión, mientras que su impresionabilidad nerviosa es más delicada que la nuestra. El pesar es cuestión de relatividad; la pena debe estimarse en proporción con quien la sobrelleva; para unos una herida es tan dolorosa como la amputación para otros. Echad un charco dentro de un dedal, volcad un Atlántico en el Etna; ambos volcán y dedal desbordarán. ¡Adultos necios!, ¿no se sonreirían los ángeles de *nuestros* pesares, si no fuesen demasiado sabios para sonreír?

Así acosado, el niño huyó a la torre de su propia alma, y levantó el puente. De su organismo creó para sí una defensa de reserva, encerrado dentro de la cual creció hasta edad madura sin que le afectasen los contactos que modifican la madurez de otros y los convierten en lo que llamamos hombre. El niño encerrado en su crisálida se desarrolló hasta llegar a los años de la virilidad, aquellos últimos días en Oxford cuando lo halló Hogg; y entonces, rompiendo de golpe la crisálida envolvente, y rompiendo con la universidad al propio tiempo, se echó al mundo como quien se echa a nadar, al mundo que no sin razón pasmóse ante semejante capricho de los dioses. Fué desde luego, sólo lo completo y la duración de este aislamiento, de los portales de la adolescencia hasta los de la hombría, lo que fué peculiar de Shelley. La mayoría de los poetas, probablemente, como la mayoría de los santos, se preparan, para el cumplimiento de la misión que traen, por una segregación inicial, así como para germinar se entierra la semilla: antes de poder pronunciar el oráculo de la poesía se les separa del cuerpo de los hombres. La cabeza separada hace al serafín.

La vida Shelley frecuentemente muestra en él al niño magnificado. Se le ve en el cariño por diversiones aparentemente fútiles, como la de lanzar al agua barquillos de papel. Esto era, en la acepción más verídica de la palabra, espíritu de niñez, no, como se ha dicho y se ha creído frecuentemente, niñería. Es decir, no era trivialidad insulsa sino la facultad del espíritu verdaderamente infantil para dotar a las cosas mezquinas de interés imaginativo; la misma facultad, aunque distintamente aplicada, que produjo gran parte de su poesía. Muy posiblemente en el barquichuelo de papel veía la barca mágica de Láon y de Cythna, o—

la embarcación delicadísima

en que es llevada la madre de los meses

a su cueva en occidente cuando baja la marea de la noche.

En verdad, si os fijáis qué idea tan favorita, bajo tan variadas formas, es ésta en su poesía, percibiréis que todas las barcas encantadas que se deslizan río abajo en la corriente de su verso no son sino resurrecciones glorificadas de los diminutos galeones de papel que echaba a navegar temblorosos en las aguas del Isis.

Y el niño se mostraba no menos fre-

cuentemente en el Shelley filósofo que en el Shelley juguetero y ocioso. Se le ve en sus debilidades repulsivas no menos que en las amables; en la locura ineducable de un amor que hizo punto de partida lo que debió ser punto de arriba después de mucho anhelo, y que firmemente esperaba reposo espiritual de cada nueva divinidad aún cuando no lo había hallado en ninguna de las divinidades anteriores. Pues estamos claros de que el suyo no era un mero revolotear de apetito sensual, sino un vagar, extraño y deplorable, del espíritu; y (contrariamente a lo que ha dicho Coventry Patmore) no dejaba a una mujer porque estuviese cansado de sus brazos sino porque estaba cansado de su alma. Cuando halló deficiente a Mary Shelley, parece haber cometido el error de Wordsworth, quien se quejó, en un encantador trozo de sin razón, de que el amor de su esposa, que había sido fuente, fuese ahora pozo sólo:—

Cambio tal, y a la propia puerta

de mi desvariado corazón, me ha empobrecido.

Probablemente Wordsworth aprendió, lo que Shelley era incapaz de aprender, que el amor no puede ser perpetuamente fuente. Un poeta vivo, en un artículo⁽¹⁾ sobre el que casi teméis respirar por no barrer con el aliento su florido colorido espolvoreado como al pastel, ha dicho lo que había de decirse: «El amor tiene sus momentos de marejada, sus altos y sus bajos que se deben a la métrica regla del corazón interior». La razón elemental debiera proclamar la verdad de esto. El amor es un afecto, su manifestación una emoción: el amor es el aire, su manifestación es el viento. Un afecto puede ser constante; una emoción no puede ser más constante de lo que puede el viento soplar constantemente. Todo, pues, cuanto un hombre razonablemente ha de exigir de su esposa es que su amor sea en verdad un pozo. Un pozo; pero un pozo de Bethesda, al que, de tiempo en tiempo, el ángel de la ternura baje a agitar las aguas para que el amado sane. Amor así la segunda esposa de Shelley parece indiscutiblemente haberle dado. Más aún, contentábase con permanecerle fiel mientras que él variaba; era su compañera intelectual, compartía sus puntos de vista, se penetraba en sus aspiraciones, y no obstante, no obstante todo eso, aún en la época del *Epipsychidion*, el niño bobo, su marido, le daba el papel de luna a ella y el de sol a Emilia Viviani, y lamentábase de que una fría y encallecida sociedad le prohibiese alcanzar la final, segura, irrevertible dicha. Sin embargo, pocos poetas antes, y poeta ninguno después, hallaron pareja tan conforme, hasta que Browning se agachó y levantó un alma de bellísimo cuño que yacía ensarrada en un charco de lágrimas.

En verdad, su infelicidad y descontento con la vida, en cuanto no fué el castigo inevitable del anarca moral, puede adscribirse sólo a esta misma irracionalidad de niño, aunque, en tal forma, es irracionalidad a duras penas peculiar

⁽¹⁾ Alice Meynell.

de sólo Shelley. Conmiseraos, si queréis, de sus ruinas espirituales, y lamentaos de su falta de adecuada educación temprana que fué en gran parte su causa; pero el pesar que se debe a sus circunstancias exteriores ha sido extrañamente exagerado. El obloquio que sufrió, deliberada y tontamente él lo había cortejado. Por lo demás, su suerte fué tal que ya la envidiarían muchos poetas jóvenes. Tenía amigos fieles, y esposa fiel; y una renta pequeña pero segura. La pobreza nunca le dictó a su pluma; los diseños de su brillante imaginación nunca los grabó en aguafuerte el corrosivo líquido de la necesidad.

Si, como les pasó a otros—como le pasó, por ejemplo, a Mangan, paria echado de su hogar, de su salud y de toda esperanza, con un pasado reducido a carbones y con un futuro descolorido y rugoso, anacoreta sin soledad, enclaustrado en sí mismo pero sin ser a sí mismo suficiente, depuesto de un mundo del que no había abdicado, herido por espinas que no formaban corona, poeta sin esperanza del laurel, mártir sin espera de la palma, tierra maldita contra el rocío del amor, exilado proscrito y prohibido hasta de los brazos inocentes

de los niños,—ardiese impotente en la pira de su propio corazón inextinguible, entonces bien podía haber sido inconsolable, entonces bien podía haberle arrojado el vómito a la vida, entonces haberse echado a esconder en la oscureciente cámara de su vida interior donde colgaran tapices de esperanzas enmohecidas, entonces haberse puesto a oír los vientos que surcan los desiertos ilimitables de la muerte. Pero suerte ninguna le tocó a Shelley semejante a la de sus contemporáneos—Keats, triturado por las mandíbulas de Londres, que llegó a Italia escupiendo su vida; De Quincey que escapó vivo de esas mismas mandíbulas, pero desgarrado y lisiado; Coleridge, a quien las mismas fauces rumiaban torpemente la mayor parte de su vida. Shelley tenía haber, poesía, amor; ello no obstante, ¡quejándose diciendo que, como un niño cansado podía echarse a llorar hasta lograr el sueño de la muerte!—¿No será así contigo, entristecido hermano? Y conmigo, ¿no será? ¿Y no habría modo de bebernos la perla sin antes diluirla en lágrimas? «¿Quién de nosotros logra su deseo? Y habiéndolo logrado, ¿quién de nosotros queda satisfecho?»

Francis Thompson

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Estos son los últimos números de la valiosísima *Colección Universal* (ESPASA-CALPE. Madrid):

Lope de Vega: *La estrella de Sevilla*.
Gaskell: *Norte y Sur*. Tomos I y II.
Anónimo: *Leyendas heroicas de los rusos*.

Carlos Dickens: *La vida y aventuras de Nicolás Nickleby*. Tomos III y IV.

De las Ediciones Hoy, Madrid:

León Trostky: *El gran organizador de derrotas*. (La Internacional Comunista desde la muerte de Lenin.) Versión española de J. G. Gorkin.

Joseph Roth: *Job*. (Novela de un hombre sencillito.) Traducida del alemán por C. K. Koellen y I. Catalán.

Lev Goomilevsky: *El amor en libertad*. Versión española de Manuel Pumarega.

Señalamos:

El número 1 de *Sur*, revista trimestral publicada bajo la dirección de *Victoria Ocampo*. Buenos Aires.

Un ministerio que entiende y extiende su radio de cultura: el de Educación Pública del Ecuador. Nos remite:

Luis Bossano: *Síntesis de la Biografía del Libertador Simón Bolívar*. Quito. 1930.

Adolfo Ferriere: *Conferencias sustentadas en la Universidad Central*. Traducidas del francés por el Dr. Julio Aráuz. 2.^a edición. Quito. 1931.

Isaac J. Barrera: *Simón Bolívar, Libertador y Creador de pueblos*. Quito. 1930.

Congreso Nacional de Educación Primaria y Normal. Conclusiones aprobadas en las sesiones del 13 al 31 de mayo de 1930. Quito.

20 estampas de Quito.

Augusto Arias: *Virgilio en castellano*. Quito. 1930.

El N.º 3 del Vol. XV, August, 1930, de *University of Illinois Studies in Language and Literature* se titula:

La grandeza Mexicana de Bernardo de Balbuena, por John van Horne. Price: \$ 1.50.

Cortesía de los autores:

Mariano Picón-Salas: *Hispano-América, posición crítica*. Ediciones de INDICE. Arte y Literatura. III. Santiago de Chile. 1931.

Rodolfo Huete Abella: *Los Banqueros y la Intervención en Nicaragua*. 1931. Managua.

Guillermo de Luzuriaga (Solón de Mel): *La novela de muchas...* Escrita en 1920. Tepic. Nay. México. 1931.

Hernán Zamora Elizondo: *Ritmo Doliante*. Páginas íntimas. Melidita Zamora Dobles. 31 de Diciembre de 1920. 27 de Mayo de 1930. Imp. Lehmann.

Joaquín Campa (Santiago del Estero,

464. Buenos Aires): *Teatro breve*. Buenos Aires. 1931.

Raquel Grunberg: *La entraña*. (Momento genésico.) Buenos Aires. 1931.

Ismael Bucichi Escobar: *El retorno de Alberdi*. Buenos Aires. 1930.

Antonio Reyes (Apartado 434. Caracas): *Cuentos Brujos*. Editorial ELITE. Caracas. 1931.

Prologa el libro J. Gil Fortoul.

José de J. Núñez y Domínguez: *Bolívar y México*. Contribución al Centenario de su muerte. México. 1930.

Raquel Grunberg (Uruguay 412. Buenos Aires): *Liceo de Señoritas*. Cuentos. Buenos Aires. 1930.

Esteban Roldán Oliarte: *Bolívar entre dos Américas*. 1830-1930. Editorial BOLIVAR. San José, Costa Rica. 1931.

Julia García Gámez: *Portales, el predestinado*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile. 1931.

Alfredo Ferrara de Paulos (Cipriano Miró N.º 33, Montevideo. Uruguay): *Del Teatro de la Vida*. (M. Pérez y Curis). Su obra y su vida. Montevideo.

Miguel Navarro: *Lecturas Nacionales*. Tegucigalpa. 1931.

C. Sabat Ercasty (S/c.: Defensa N.º 904. Montevideo): *Poemas del Hombre. Libro del Amor*. «Impresora Uruguaya» Montevideo. 1930.

En aquellos años leyó⁽¹⁾ muchísimas obras de filosofía y, entre otras, el tratado de Aristóteles sobre las *Categorías*... Agustín se enfrentó solo con el maravilloso y enigmático libro, y se dió cuenta de que, desde el comienzo, lo entendía y sin tropezones.

El pobre Simaco, que siempre tenía en los labios a Roma, y las glorias de Roma, y la majestad de los dioses de Roma, protege, sin saberlo, al que en la *Ciudad de Dios* escribiría el más documentado y despiadado acto de acusación contra la rapiña, la ferocidad y las supersticiones romanas.

Juan Papini.

(San Agustín)

Cuenta Papini en su muy interesante *San Agustín*, pg. 148 de la edición española (Edición VOLUNTAD. S. A. Madrid):

La casa de Agustín estaba puesta con cierto lujo, y no faltaba ni la mesita de juego. Pero, en vez de dados, vió Ponticiano encima de aquella mesa un libro, y se le ocurrió mirar el título. Eran las epístolas de San Pablo que Agustín, como sabemos, leía y meditaba por entonces con el fin de refinar en el fuego del Apóstol los frutos del iniciamiento neoplatónico.

Ponticiano, que era cristiano, y cristiano practicante, se alegró sobremanera del hallazgo; había creído fuese uno de aquellos usuales testigos que los retóricos emplean en sus ejercicios escolásticos, y encontraba, en cambio, las más deslumbradoras cartas que jamás haya escrito pluma humana: el quinto Evangelio para la conquista de los gentiles.

⁽¹⁾ San Agustín.

Poesías de Jorge Sáenz Cordero

= Envío del autor =

Eglógica

Vienen por los nostálgicos senderos,
con un sonar de rústicas esquilas;
¡oh las dulces y cándidas pupilas
de los dulces y cándidos corderos!

Florecen, al pasar, los limoneros;
y entre un efluvio de impalpables lilas,
las horas del crepúsculo, tranquilas,
duermen sueños de paz en los linderos.

Mientras silba el pastor su fina caña,
la rusticana flauta en que palpita
el alma musical de la montaña,

el sol ahoga su postrer alarde;
y asoma como blanca margarita,
la temblorosa estrella de la tarde.

Los primeros pasos

Ya mi chiquillo ha dado algunos pasos;
y apenas por mi mano retenido,
es como el ave que al dejar el nido
ensaya sus primeros aletazos.

Buscando el premio fiel de mis abrazos
se viene, ya de todo desprendido,
como por dos imanes atraído
al amante refugio de mis brazos.

Mientras le da su madre un casto beso,
sueña con verle así, toda la vida,
entre sus manos amorosas preso.

El padre, en tanto, al pronunciar su nombre,
sabe que es por el golpe y la caída,
por lo que el niño se convierte en hombre.

(Este soneto mereció el primer premio, medalla de oro, en el Certamen Literario abierto por el Diario de Costa Rica en 1929.)

Música de Beethoven

En traje blanco dirigióse al piano.
Temblaron los nostálgicos marfiles,
bajo los dedos largos y sutiles
de su nerviosa y adiestrada mano.

Mientras el ritmo pasional y arcano
fatigaba sus lánguidos perfíles,
la flor ingenua de sus quince abríles
se insinuaba en una hálito pagano.

Y así se fue muriendo la Sonata,
en tanto que en la alcoba oscura y fría
donde puso la luna luz de plata,



Jorge Sáenz Cordero

Apreciaciones

Jorge Sáenz Cordero tiene aún encendida sobre su frente la milagrosa estrella errante de la juventud. Tiene fuerte el corazón, y la fantasía le vuela en el pensamiento como una mariposa radiante en un claro amanecer. Los ojos de su espíritu ven la vida por fuera y por dentro y sorprenden los secretos del pájaro que habla, del árbol que canta y de la fuente de oro. Es, hoy día, un poeta que dominó su obra y le mandó que echara a andar. Y su obra está en marcha.

No se ha perdido, impaciente, por los falsos caminos que en los días actuales salen al paso de los escritores convidándolos a jornada corta y a fingido laurel. Prefirió contar una por una las piedras miliarias de su viaje y llegó, serena y prontamente, a donde ya se oyen las voces nobles y serenas que dicen la verdad al artista. Salvado está, y su gloria, sea la que sea, es buen jornal y moneda de ley. ¡Gaudeat Apollo!

A lo largo del día que está ya alumbrándonos, este poeta será juzgado cada vez ante mejores testimonios. (Uno más es esta página del meritisimo Repertorio de García Monge, que por azar leo y admiro antes de impresa.) Y cómo, además de poeta real y legítimo, Sáenz

(Pasa a la página 243)

Morisca

(Oro de leyenda)

Por tu gracia zalamera; por tu mirada gitana
a un tiempo cálida y fría;
por tu cuerpo que debieras lucir en la Castellana
o tras la reja moruna de un patio de Andalucía;
por tus labios en que ríe tu sonrisa pecadora;
por tu cabellera negra y tu piel morena y fina,
yo te sueño una Zoraida, te finjo de sangre mora.

Viérate en una hornacina,
lacerada por la pena,
y juro que te tomara por la Virgen Macarena.

Dime, ¿de dónde has llegado, vienes de un lejano aduar,
entre palmeras alzado cabe la orilla del mar?

soñé que absorto en su belleza joven
desde el busto de mármol sonreía
la doliente mirada de Beethoven.

Año viejo

A Don Antonio Médiz Bollo.

El año viejo no se va, nos vamos,
los que seguimos una ruta incierta;
cada año nuevo es una nueva puerta
por donde todos sin querer pasamos.

Lo que en la ardiente juventud soñamos,
de nuestra propia juventud despierta;
que la vida quizá nunca es más cierta
que cuando en la ilusión la conquistamos.

Pero pasan los años, y oh mentira,
la de la vida y el amor y todo,
lo que a nuestra alma mundanal inspira.

La verdad sólo nuestra fe la advierte,
cuando un secreto afán se ofrece a modo
de una interrogación hacia la muerte.

Las luciérnagas

Surgen fosforescentes en la noche callada,
dejando vagamente la senda iluminada.
En danzas caprichosas de loca fantasía
vienen a ser fugaces, pequeñas, rutilantes,
como lluvia de chispas escapadas del día
o profusos destellos de perdidos diamantes.
Ved como sobre un árbol han prendido ilusorios
puntos de viva luz. Brilla todo el ramaje
cual si hubiese caído sobre él un raro encaje,
labrado en las tinieblas con blancos abalorios.
Son hilas de la noche partículas de estrella,
caídas en los campos alguna noche bella,
tendidas sobre el césped fingen la fantasía
de un tapete bordado con fina pedrería,
y ponen sobre el verde vallar de las piñuelas
temblores insinuantes de blancas lentejuelas.
Son hijas de la noche, alumbran mi sendero,
tal como los dispersos fragmentos de un lucero;
y entre los verdes campos que extasiados están,
se encienden y se apagan, se acercan y se van.

Luz de piedras preciosas que alumbráis mi
camino;
pedacitos de un astro que me hacéis divagar:
¡Quién pudiera en su vida conquistarse el destino,
de ser algo con alas que comienza a brillar!

¿Te ganó acaso un cristiano
de los que en árabe potro fueron por Cristo a luchar?
¿De aquellos que abandonando su amor, su patria y su hogar,
hasta su misma fortuna,
en el nombre de Jesús,
vencieron la Media Luna,
y levantaron la Cruz
como un símbolo de gloria
para que a su viva luz
brillara España en la Historia?

Acaso en tierra de moros bailando en alguna zambra
sedujeras a Boabdil;

y fueras la Sulamita de la prodigiosa Alhambra,
una mañana de Abril.

Lo callan los cronicones;

mas yo sé que han conservado las añejas tradiciones,
de un poeta de tu tierra este sentido cantar:

"Sulamita, Sulamita,
hermosa huri de la Alhambra,
bella perla del aduar;
dulce belleza moruna:
¡Quién fuera un rayo de luna
para en tu Alcázar entrar!"

(Tal evoca tu figura el oro de la leyenda.)

También yo evoco la mía; la que reza en mis cantares,
que fuí por una mujer, pirata en todos los mares;

beduino de móvil tienda,

y tras múltiples azares,

el Príncipe que una vez,

llegó perfumando todos los sueños de mi neñez.

Volví por la misma senda

sobre viejos dromedarios de largo y cansado paso;

el sol un fulgor postrero colgaba sobre mi tienda.

Yo azuzaba con mis gritos de la caravana el paso,

y recontaba en silencio de mi adorada la ofrenda.

La que para su decoro
soñara mi esplendidez:
perlas, marfil, seda y oro;

una esclava de Circasia y un enano japonés;
y entre adornos cortesanos,
pulseras para sus manos
y ajorcas para sus pies.

Mas la mujer adorada, la más bella del aduar,
fué de mi tienda robada ¡yo no la pude encontrar!
Con hipo de pesadumbre lo plañeron mis vasallos,
bajo mi látigo en alto listo para castigar.
Sólo tuve en mi amargura el placer de mis caballos,
encrespados y ligeros como las olas del mar.

(Tal evoca mi figura el oro de la leyenda).

Tú eres la Sulamita que robaron de mi tienda;

la que lloraba mi ausencia allá en el lejano aduar;

la que entre bravos de bravos gané por mi bazaría;

mi Sulamita, ¡la mía!

la que ceñida a mi brazo, bella como una Sultana,

verán todos con asombro pasar por la Castellana,

y ostentar su gallardía,

tras una reja moruna de un patio de Andalucía.

Jorge Sáenz Cordero

San José 22 de Sept., 1930.

Estampas

La "carretera panamericana", otro de los funestos negocios

del imperialismo yanqui

=Colaboración directa=

Toda empresa grande impone la organización del servicio de propaganda. El ambiente favorable es factor de los más esenciales. Sin limar asperezas, sin romper obstáculos no se emprende la obra que sorprenda la curiosidad de un pueblo por el influjo que en sus destinos ha de tener. La propaganda explora la conciencia de un país y va dejando caer la promesa de un maná fecundo en beneficios. Anticipa cargos, hace como si muchedumbres de seres se hubieran puesto a pensar en los peligros de la proyectada empresa y hubieran encontrado los aspectos realmente vulnerables. El hecho está ocurriendo con la red de caminos que el panamericanismo quiere imponer a estos pueblos. Como de antemano se cuenta con que esa red será repudiada, la propaganda enmarca el cargo más serio, de mayor trascendencia y lo diluye en agua azucarada para que lo esfume la digestión más corta.

¿Quién entre nosotros, por ejemplo, ha tomado en serio las noticias de la prensa diaria referentes al trecho de «carretera panamericana» que hemos de construir? Esas noticias han pasado como pasan aquí tantas cosas, bajo la indiferencia y el olvido. Nadie ha usado de los periódicos, ni de la tribuna, ni de los corrillos públicos para oponerse a esa obra ideada por la gente de visión estadounidense. En ninguna forma se ha combatido ese negocio. Puede afirmarse, por el contrario, que a un gran sector humano estará interesando noticia tan pregonada. Y sin embargo, la propaganda llena columnas enteras, se coloca en pie de guerra y explica al público que «aquí se cree por algunos que esta carretera va a ser construída para fines militares por

el Gobierno de los Estados Unidos, ya que la necesita para unir los dos canales». Anticipa lo que tendrán que explicarle al país los espíritus libres. Pero al anticiparlo quiere darle muerte, porque así, cuando el momento de la lucha llegue, lo que constituía una arma de verdad, se ha vuelto cosa de risa, y de desprecio.

Salgámosle al paso a esa propaganda organizada, digamos a la conciencia viva del país que hay antecedentes serios que hacen cierta la afirmación que anticipa la propaganda, de que la «carretera panamericana» tiene en mira fines militares del imperialismo saxoamericano. Ahora la táctica es alejar el escándalo, inducir aparentemente a estos pueblos a que hagan la obra en beneficio de la paz y de la fraternidad. No pasó lo mismo en 1926. No seamos desmemoriados. Revisemos el mes de diciembre de *Repertorio Americano* y meditemos en el pacto de Alianza Militar y de Negocios

Comerciales que Washington quiso imponer a Panamá. Es un espejo en el cual vemos reflejados al desnudo los sucesos que nos están reservados. La red de caminos que proyecta la política imperialista de los Estados Unidos no tiene nada de beneficioso para estos pueblos. El pacto que se quiere hacer firmar a Panamá ofrece claramente los designios esclavizantes. Empieza por quitar a esa nación diminuta, en beneficio exclusivo de los «Estados Unidos, a perpetuidad, el uso, ocupación y control» de una considerable e importante área terrestre y marítima. El canal destinado a fines militares impone expansiones territoriales. Hay que lograrlas sacrificando a Panamá. Y por ese sacrificio de tierras, de aguas y de soberanía recibe la pobre nación una recompensa muy especial. Los Estados Unidos—según reza el tratado—emprenderán la construcción de una carretera pavimentada que una diferentes lugares de la Zona del Canal. Y Panamá para dar salida a esa carretera, emprenderá a su vez la construcción de caminos en su propio territorio. Curiosa y especial compensación. Porque todo el beneficio se lo reservan para sí los Estados Unidos.

Pero no entendamos que la red de caminos panameña que el pacto proyecta es cosa inofensiva. No creamos que se trata de simples vías de comunicación sobre las cuales Panamá tendrá un dominio limpio de intromisiones extrañas. Esa red es sencillamente la proyección de la que en suelo del Canal se ha construído con fines militares. Panamá, al construir esos caminos que la astucia norteamericana le impone por el famoso pacto, se obliga a que los Esta-

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

dos Unidos gocen «en todo tiempo, el uso libre y gratuito de todos los caminos en territorio panameño». Es, pues, una red de caminos planeada nada más que con la mira de servicio a los Estados Unidos, que tienen allí su canal destinado a hacer incontenible la política imperialista.

No paran allí las concesiones que tiene que hacer Panamá por la gran obra de haber cedido a perpetuidad el uso, ocupación y control de áreas terrestres y marítimas de su propio dominio. La red de caminos debe ser completada y Panamá concede a los Estados Unidos «el derecho de instalar, mantener y hacer funcionar para uso oficial, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, líneas telefónicas y telegráficas a lo largo de todos los caminos que serán construídos en territorio panameño». El plan de dominio no está completo aún. Son tan grandes los beneficios de la cesión que todavía «con la mira de cooperar al más eficaz funcionamiento del Canal, la República de Panamá concede a los Estados Unidos el derecho de instalar, mantener y poner en servicio en la República de Panamá, las estaciones radiográficas que el Gobierno de los Estados Unidos considere necesarias para que funcionen en combinación con las otras estaciones establecidas en la República de Panamá o en la Zona del Canal, o con el objeto de dirigir los movimientos de su ejército y armada».

Eso es lo que pide el eficaz funcionamiento de un Canal destinado a imponer una política de expansión desatada. El pacto del cual hemos entresacado tanta maravilla de compensaciones fue ensayado en 1926 y como produjo escándalo y el pueblo panameño lo condenó, ha quedado en una penumbra peligrosa. De esa penumbra se proyecta con la red de caminos, con la «carretera panamericana» que se nos quiere imponer. De modo que cuando la propaganda viene a decirnos que alejemos la mala idea de que esa «carretera va a ser construída para fines militares por el Gobierno de los Estados Unidos, ya que la necesita para unir los dos canales», es porque a esa propaganda se le ha soplado el mal ambiente creado por el pacto de Panamá. Lo que ahora se hace es variar el procedimiento de conquista. No se envían plenipotenciarios a Washington, no se oficializa la expansión, pero se crean comisiones permanentes para que promuevan la construcción de carreteras. La red de caminos es necesaria a los designios de los hombres que golpean sobre el yunque del Imperio. Pero como precisa respetar ciertas susceptibilidades es mejor hacer que estos pueblos hagan los caminos planeados por Washington. Se les habla de fraternidad y de paz como móviles de esos caminos. En esa forma llegarán a aceptar su construcción.

¿Y qué sucederá después? Construído el camino vendrá el pacto. Nosotros, por ejemplo, no tenemos el tesoro que exige la «carretera panamericana» —diez millones de dólares—, pero según la propaganda, hay «banqueros, financistas, industriales y hombres de negocios de los Estados Unidos» dispuestos a financiar

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras

Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO

Suscripción anual para el Ext. \$ 40

Dirección y Administración: Correo, 8.
Santiago (Chile).

la obra. Es decir, adquirimos una deuda terrible y como somos pobres de recursos económicos, no podremos pagarla nunca. Entonces la obra será entregada, entonces vendrá el pacto estilo Panamá. Ya no se producirá el escándalo porque concedamos al Gobierno de los Estados Unidos en todo tiempo el uso libre y gratuito de esa carretera y de las adicionales, y el derecho de cerrarlas en tiempo de guerra y de tender a lo largo de ellas telégrafos y teléfonos, y de construir estaciones radiográficas en cualquier punto del territorio.

En suma, ahora se quiere que hagamos la «carretera panamericana», pero una vez construída de acuerdo con los planos y presupuestos de Washington, las exigencias serán que nos liguemos a Washington por pacto de alianza. Y somos débiles, nada nos haría resistir a una imposición semejante, si de antemano hemos cargado con la deuda enorme de diez millones de dólares salidos de las arcas de la plutocracia saxoamericana, que es la que impulsa la expansión imperialista.

El Gobierno de los Estados Unidos tiene interés enorme en que construyamos esa «carretera panamericana». Nuestra situación geográfica en medio de dos canales con fines militares nos convierte en presa codiciable. A Panamá con sólo un canal se la quiere reducir a un vassallaje tremendo. Pues a Costa Rica, con dos canales se la reducirá a una dominación de proporciones inimaginables. Pero comprendamos. Digamos a esas comisiones permanentes que por mucho que sea el humo celestial en que viene envuelta la «carretera panamericana», no

impide que a muy corta distancia observemos el mismo poder que dictó un pacto tan terrible como el de 1926 en Panamá.

La misma propaganda de la «carretera panamericana» anticipa otro cargo además del anterior. Dice que «otros creen que como la carretera es tan necesaria e importante para las industrias americanas, especialmente para los fabricantes de automóviles, estas industrias van a financiarla». No importa quienes de la plutocracia saxoamericana vayan a emprestar el tesoro que su construcción impone. Industriales de automóviles, industriales de llantas, industriales de gasolina, todos son templados al mismo fuego. Lo que realmente importa es que para esas industrias que crecen cada día en volumen gigantesco, la expansión fuera de su nación es imperiosa. La red de caminos, en segundo lugar, está concebida como un cauce salvador de esas industrias. Y si ellas se salvan y salvan así el vigor del Imperio, nos vuelven en cambio a nosotros cada vez más tributarios de ellas, que es decir, más pobres, más subordinados a un poder aplastante. El automóvil, la gasolina, empobrecen, deshacen el caudal pequeño que es el que da la vida a los pueblos. Por el automóvil, por la gasolina, cuando han penetrado la torpeza humana, se empeña la casa, se hipoteca la hacienda y con esos bienes, la salud física y del espíritu. Por eso los pueblos deben limitar el uso del automóvil, el uso de la gasolina. Cuando entre nosotros se haga recuento de los males traídos por el automóvil, se verá la realidad atroz de un pueblo caído en la miseria por querer usar un vehículo costoso y esencialmente de lujo.

De manera que en este segundo aspecto es también repugnante y digna de condenación la proyectada «carretera panamericana» que intenta imponernos el funesto panamericanismo.

Juan del Camino

Cartago y abril del 31.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

La vida del tío Dimi y de los suyos no era sino una especie de esclavitud disfrazada de libertad. Todo el producto de su trabajo era absorbido por las deudas eternas al propietario del terreno y al Estado. Para ellos el hermoso trigo candeal, el mejor maíz, la leche de la vaca, los huevos y las gallinas. Para los habitantes de la choza la sopa de agua, las habichuelas y una *mamaliga* (1) de mala calidad.

Esta vida volvía mala a la gente. El tío Dimi se emborrachaba los domingos y pegaba a su mujer, la cual, amedrentada, iba a esconderse a casa de los vecinos. Cualquier pretexto le bastaba. Era suficiente que su mujer tardara en encender el fuego para que el tío la arrojara a patadas, de cabeza, en las cenizas del hogar. Entonces la abuela se enfadaba, cogía la *cobilitz* y propinaba a su hijo unos cuantos golpes, que él aguantaba riéndose.

—¡Borracho!... ¡Mientras estáis enamorados sacáis un palmo de lengua por conseguir a la muchacha, y cuando ya la tenéis la tratáis como a una perra!...

Después el pequeño Adrián iba en busca de la maltratada, la cual se levantaba las faldas sollozando y enseñaba a su suegra sus muslos plagados de cardenales.

—¡Nunca hubiera creído que mi Dimi me pegaría así—murmuraba entre sollozos.

—¿Qué quieres, hija mía? Bien sabías que nosotros éramos gente pobre, que vivíamos "pegados a la tierra". No haberte casado. La pobreza y el amor nunca hacen buenas migas. No lo olvides para tus hijos.

A pesar de sus setenta años, la buena abuela hacía cuanto le era posible por mitigar la pobreza que había transmitido a sus hijos en patrimonio. Como ya no podía dedicarse a las faenas rudas del campo, se encargaba de todas las tareas de la vida doméstica: guisaba, lavaba, cuidaba de los chiquillos y de los animales. Y como también quería reunir algunos cuartos para "sus limosnas", todos los instantes libres, todos los momentos de ocio dedicábalos a rebuscar espigas detrás de los segadores, a recoger los copos de lana que las ovejas abandonan en los cardos y a coger la achicoria que crece al borde de las zanjas. Asimismo era llamada para friccionar a los niños enfermos y exorcizarlos. Por la noche, durante la cena común, considerándose como una boca inútil, no tocaba la leche ni los huevos, cuando había ambas cosas en la mesa, y se contentaba con un poco de sopa y de verdura con vinagre.

Dos veces a la semana, encorvada bajo el peso de su repleta *cobilitz*, la abuela recorría los cinco kilómetros que separaban a la choza del mercado de Braila y regresaba con treinta perras anudadas en la punta del pañuelo. Pero estas perras hacían milagros, porque al cabo de tres o cuatro años se la veía abrir un pozo en los lugares de tránsito de los carreteros, o bien comprar una cama completa para una muchacha pobre a punto de casarse, cuando no una vaca con su chotillo, que ella ofrecía como limosna por la salvación de su alma.

También se daba el caso, aunque muy raras veces, de que el tío Dimi descubría el escondite en que la pobre mujer guardaba el dinero, y poco tardaban en evaporarse pozo, cama, vaca y ternero. Entonces el alma de la piadosa Nedelea andaba enferma durante seis meses. Para abstenerse de pronunciar "la palabra imperdonable", la mujer deambulaba, lívida y triste, con una mano encima de la boca.

(1) Pan del campesino rumano.

Una noche en los pantanos

= De Codine. Infancia de Adrián Zograffi. Edit. CENIT. Madrid. 1930. =



Las biografías de Panait Istrati (y fue Romain Rolland el primero en revelar a su público la existencia de este escritor), nos dicen que nació en 1884 de madre rumana y padre griego; que su madre le sacó adelante a fuerza de trabajo y que él, desde la adolescencia empezó a correr mundo y cambiar de oficio: mozo de taberna, pastelero, cerrajero, calderero, mecánico, peón, cavador, descargador, criado, hombre-aviso, pintor de muestras y de paredes, periodista, fotógrafo ambulante; fue revolucionario, suicida frustrado...

Como escritor ha elegido la lengua francesa para contar sus experiencias vitales y sus recuerdos de trotamundos, para formular sus aspiraciones humanitarias, para clamar su profesión de fe, su creencia en un porvenir de libertad y amor, entrevista desde las tristezas de la vida presente.

Su visión de la existencia se ha formado en la aguda observación de las gentes que trabajan, padecen y luchan. En su prosa hay un arrebat, a veces una expresión de violencia, que parecen de lo más contrario al gusto francés. Ha logrado, no obstante, una consideración entre los escritores de Francia, como representante de una de las facetas del espíritu cosmopolita que hoy le da animación y variedad, por obra de tantos hombres acogidos a su idioma, tan trabajado y hecho a la expresión de los más diversos matices.

E. Díez Canedo

(En la traducción española de Mijail, otro libro de Panait Istrati. Editorial CENIT. Madrid, 1930).

Adrián, el pequeño sobrino—que fue criado en la choza hasta los siete años y que después pasaba en ella sus vacaciones de colegial—, era testigo de aquellas maldiciones del tío Dimi, pero ello no impedía que le quisiera...

Por lo demás, contra lo que pudiera creerse, todo el mundo le quería a Dimi, desde su maltratada mujer y su despojada madre hasta los campesinos, que le invitaban a todas las fiestas y a todas las bodas. Y es que era un trabajador, incomparable y un flautista como no había dos en la comarca. Su hoz tenía la supremacía entre los segadores, y su flauta decidía a lo más viejos y a los más taciturnos a tomar parte en el baile.

Aparte de esto, resultaba simpático con su aire huraño, que ocultaba un humorismo contenido; con su cara de tzigano de frondosas y siempre fruncidas cejas, con la espontaneidad de sus decires.

Adrián le quería y el tío quería a su sobrino. Eran camaradas. A veces el camarada pequeño le recriminaba al grande por sus brutalidades para con su mujer; pero éste le respondía:

—Espera a casarte para hablar; las mujeres son un mal negocio.

—¿Por qué te has casado tú entonces?

—Porque así se hacen esas cosas. Hay que pasar por ello. Hasta después no se da uno cuenta

de que hay que trabajar para dos, para cuatro, para diez. Entonces se bebe para olvidar y pega uno para vengarse.

Adrián no se daba por satisfecho con estas respuestas y se interponía cada vez que el tío la emprendía a golpes con la tía sabiendo muy bien que Dimi era incapaz de golpearle a él. Y es que el campesino quería mucho más al hijo de su hermana mayor que a sus propios hijos y le consentía todos los caprichos, llegando hasta a acompañarle a orinar cuando no tenía ninguna gana de hacerlo. Toda la pasión del pequeño era hallarse siempre y por doquiera con su tío, y en particular cuando este último cogía la escopeta para disparar contra los zorzales que arrasaban las uvas o cuando enganchaba los caballos para ir a cortar caña a los pantanos.

¡Ah! ¡Cómo olvidar aquellas noches pasadas en las inmensas ciénagas de la desembocadura del Sereth!

El tío Dimi no tenía permiso para cortar la caña. Este permiso costaba veinticinco francos al año, y él no podía sufragárselo. Por consiguiente, salía a la caída de la noche para encontrarse en el mercado de la ciudad vecina antes de que amaneciera.

Adrián se olía la partida por los preparativos que observaba por la tarde: los caballos recibían un pienso suplementario y se les dejaba descansar. Después se llenaba el saco de viaje con una enorme *mamaliga*, unas cuantas cebollas y sal. Para beber, una *plosca* con agua.

Pero la señal más inequívoca de que iba a haber salida para la corta veía a Adrián en la indumentaria de mendigo que se ponía el tío, así como en su frente arrugada y en su semblante trágicamente inquieto, porque nunca se sabía cómo podía terminar aquello. Tratábase de un robo: robábase lo que el propietario del dominio no había labrado ni sembrado nunca. Y a veces, en vez de hallarse por la mañana en el mercado, se encontraba uno en casa del boyardo, confiscados los caballos y la carreta: los relinchos de los animales habían llamado la atención del turco que vigilaba los pantanos.

Una noche el tío Dimi y Adrián emprendieron tarde la marcha para no ser vistos de los vecinos. Había que recorrer siete kilómetros hasta llegar a los pantanos. Noche de junio, aire cálido, cielo estrellado. El tío conducía, fumaba y callaba, en tanto que Adrián, detrás de él, escuchaba el rumor del viento en sus oídos sin proferir una palabra.

Una vez que hubieron llegado al reino del silencio, desengancharon los caballos y los ataron al carruaje con el saco de avena colgado del cuello. Después, Dimi se introdujo en la charca empuñando la podadera.

Era menester ir muy lejos, meterse en el agua hasta las rodillas, hasta el vientre incluso, porque el robo resultaba demasiado visible junto a las orillas; pero el tío era fuerte y decidido: con tal de llegar a las cañas más hermosas y ganar cuatro francos en el mercado no vacilaba en arriesgarse.

Al partir le recomendó a Adrián en voz baja:

—Ten cuidado de los caballos... Si se impacientan, échales otro puñado de avena, sobre todo al de la derecha, que es un mal bicho. Y procura no dormirte, porque cogerías frío.

¿Dormirse Adrián? ¡Qué disparate! Tan sólo aguardaba a que su tío volviera la espalda y desapareciera para sentirse señor absoluto de

(Pasa a la página 242)

Sea cual fuere la forma que asuma cualquiera actividad humana, es necesario que de tiempo en tiempo nos formulemos a su respecto estas preguntas: ¿Qué propósito tiene: Qué ideal: En qué manera contribuye a la belleza de la vida del hombre?

Al tratarse de los estudios cuyo fruto es tardío—los que contribuyen sólo al mecanismo de la vida,—conviene recordar que lo deseable no es el mero hecho de vivir sino el arte de vivir en la contemplación de grandes cosas. Y esto hay que tenerlo mayormente en cuenta respecto de aquellos estudios que no tienen un fin fuera de sí mismos y que se justifican sólo si de verdad enriquecen el caudal permanente de los haberes del mundo: Para la comprensión de lo cual necesitamos mantener vivo el conocimiento de sus fines y una clara visión que prefigure el templo en que ha de plasmar la imaginación creadora.

La satisfacción de esta necesidad, en lo que toca a los estudios en los cuales la costumbre ha decidido educar las mentes jóvenes, es algo tan incumplido que da tristeza, tan impensado que parece hasta falta de ponderación declarar que esa necesidad existe. Grandes hombres, íntimos de la belleza de aquellas contemplaciones a cuyo servicio dedican sus vidas, persuaden a la humanidad que se les imparta a las generaciones una tras otra el conocimiento mecánico sin el que es imposible ir más allá de los umbrales del sacrosanto templo que he dicho. Pero he aquí que pedantes de espíritu esmirriado se posesionan del privilegio de impartir este conocimiento: Olvidan que este conocimiento ha de servir sólo para llegar hasta la puerta del noble edificio, y a manera de llave para abrirla; y aunque se pasen la vida en las gradas que conducen al divino recinto, le dan no obstante las espaldas tan resueltamente que hasta olvidan la existencia del templo; y a la juventud ávida de entrar y de iniciarse allí bajo sus cúpulas y arcos, se le dice que regrese y se ponga a contar las gradas.

La matemática, más aún quizás que el estudio de Grecia y que el de Roma, ha sufrido de este olvido del lugar que le corresponde en la civilización. Aunque la tradición ha decretado que la mayoría de los hombres educados sabrán por lo menos sus rudimentos, las razones que obraron para que esa tradición se formara, yacen enterradas bajo gran montón de basura de pedantería y trivialidades. A quienes preguntan qué propósitos tiene la matemática se les responde por regla general que facilita la construcción de máquinas, los viajes de un lugar a otro, y la victoria sobre naciones extranjeras en la guerra o en el comercio. Si se objeta que estos fines—todos ellos de valor dudoso—no se sirven con sólo el estudio elemental que se les impone a quienes no han de formarse peritos matemáticos, la respuesta, es cierto, será que la matemática educa las facultades razonadoras del hombre. Pero los mismos que nos responden así son, los más, individuos cuya voluntad se aferra en no dejar de enseñar falsedades bien definidas, tenidas por ellos como tales, y que instintivamente rechaza la mente no estragada de todo alumno inteligente. Y la facultad razonadora la conciben, generalmente, aquellos mismos que nos urgen su cultivo, como simple medio para evitar estropezos y como ayuda en el descubrimiento de reglas que sirvan de guía en la vida práctica. Todo ello, innegablemente constituye una serie de logros importantes que acreditan a la matemática; pero nada de ello le da a esta ciencia título para figurar en toda educación liberal. Sabemos que Platón consideraba la contemplación de las verdades matemáticas como cosa digna de la Deidad; y

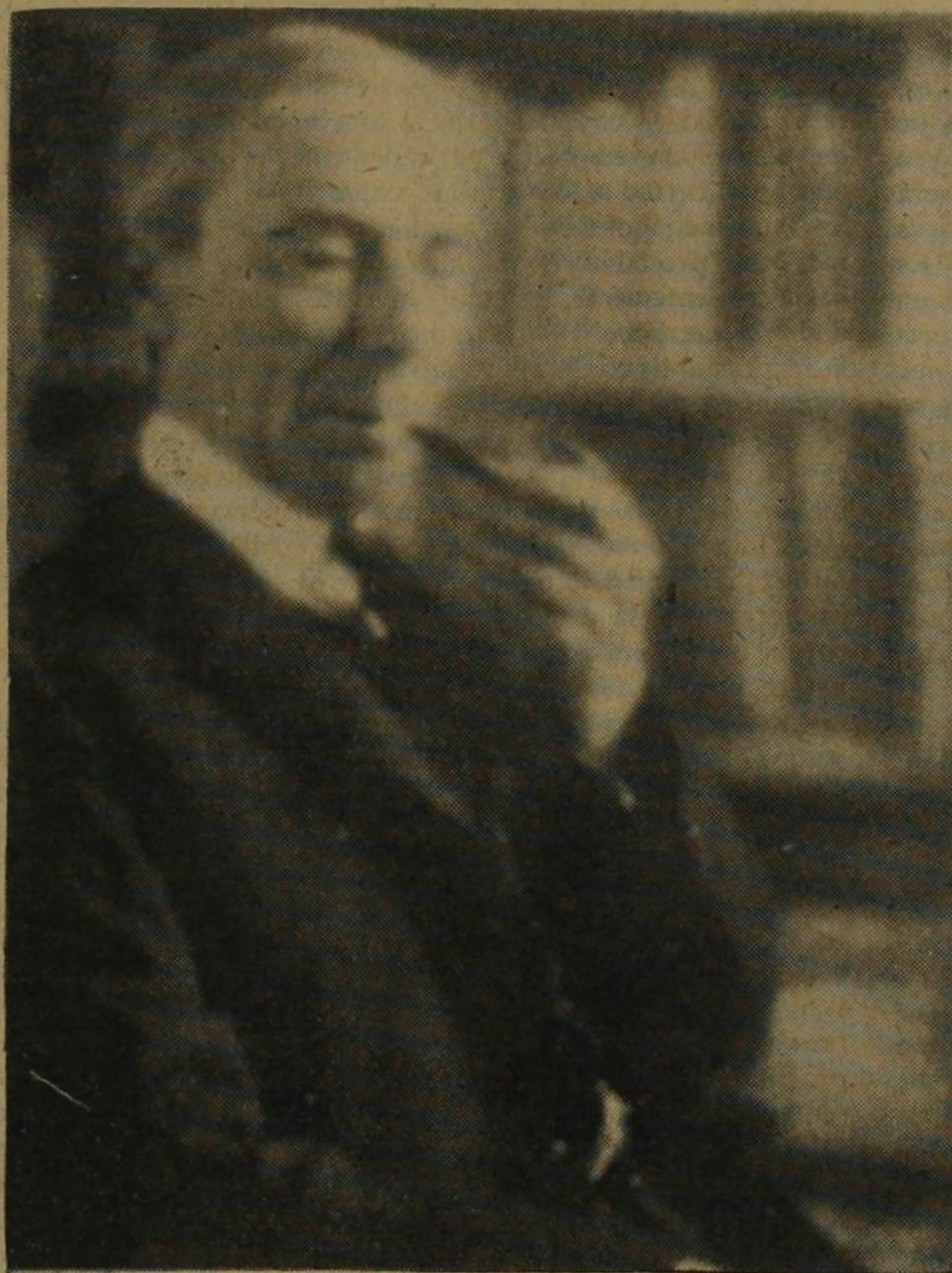


Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

El estudio de la matemática

= Capítulo IV del libro *Mysticism and Logic*. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para Repertorio Americano. =



Bertrand Russell

Platón, más hondamente quizás que nadie, sabía qué elementos de la vida humana merecen figurar en el cielo. Hay en la matemática, dice (en un pasaje de *Las leyes* que me señaló el Profesor Gilbert Murray), "algo que es necesario y que no puede hacerse a un lado... y, si no me equivoco, es de necesidad divina; pues en lo tocante a la necesidades humanas, de que los Muchos hablan a este respecto, nada puede ser tan ridículo como semejante aplicación de las palabras." Replicando a lo cual pregunta Cleinias: "Y cuáles son esas necesidades del conocimiento, oh Extranjero, que son divinas y no humanas?" A lo que responde el Ateniese: "Aquellas cosas sin el uso o el conocimiento de las cuales no puede devenir el hombre Dios para el mundo, ni espíritu, ni siquiera héroe, ni puede sinceramente pensar para los hombres y cuidar de ellos." Tal era el juicio de Platón sobre la matemática; pero los matemáticos no leen a Platón, mientras que, quienes lo leen, no saben matemática y juzgan su opinión sobre este punto nada más que como una curiosa aberración.

La matemática, bien vista, posee no sólo verdad, sino también suprema belleza: Belleza austera y fría, como la de la escultura; belleza que no inflama parte débil ninguna de nuestra naturaleza, que no viste los ropajes suntuosos de la pintura ni los de la música, pero que es subli-

memente pura y capaz de la severa perfección que sólo el arte más elevado puede alcanzar. El verdadero espíritu de deleite, la exaltación, la sensación de ser más que hombre, que es la verdadera piedra de toque de la más alta excelencia, se halla en la matemática tan ciertamente como en la poesía. Cuanto es mejor en ella merece no sólo que lo aprendamos por obligación, sino que lo asimilemos al pensamiento cotidiano, y lo recordemos de continuo con aliento siempre renovado. La vida real es, para la mayoría de los hombres, cosa en la que constantemente no nos toca lo mejor ni lo más bello sino lo que les sigue en grado: Un transigir perpetuo entre lo ideal y lo posible. Pero el mundo de la razón pura no sabe de esas transacciones, no tiene límites que le imponga lo práctico, no tolera barreras ni obstáculos para la actividad creadora que concreta en espléndidas construcciones el apasionado anhelo de perfección del que nace toda grande obra. En región que no alcanzan las pasiones humanas, apartada hasta de las realidades lastimeras de la naturaleza, las generaciones han venido creando grado a grado un universo de orden, en el que el pensamiento puro puede habitar como en morada propia y donde por lo menos uno de nuestros más nobles impulsos puede escapar del atribulado destierro que es el mundo de la realidad material.

Los matemáticos se han propuesto belleza con tal flojera de voluntad, que casi nada en su obra ha tenido de manera consciente ese propósito. Un gusto recóndito ha modelado gran parte de su obra, gracias a instintos irreprimibles más fuertes que las creencias confesadas; pero también es cierto, por desgracia, que mucho se ha estropeado debido a nociones falsas respecto de lo adecuado y propio, esto es, de lo conveniente. La excelencia característica de la matemática se halla sólo donde el razonamiento es rigidamente lógico: Las reglas de la lógica son para la matemática como las de la construcción para la arquitectura. Preséntase en la obra más bella un encadenamiento de argumentación en que cada eslabón es en sí y por sí importante, en que hay en todas sus partes un aire de soltura y de lucidez,

y en que las premisas, por medios que se presentan con naturalidad y como inevitables, logran más de lo que se creyera posible. — La literatura encarna lo general en circunstancias particulares cuya universal significación brilla, por decirlo así, a través de su ropaje individual; la matemática, en cambio, se esfuerza por presentar lo general en su pureza propia, sin ornamentación ni decorado.

¿Cómo enseñar matemática de manera que se le comunique al estudiante lo más posible de este alto ideal? Aquí la experiencia debe ser, en gran medida, nuestra guía; pero de la consideración que hagamos del propósito final a que debe conducir esa enseñanza, pueden resultar algunas máximas.

Uno de los principales fines que la matemática sirve, cuando se la enseña debidamente, es despertar en el estudiante fe en la razón, confianza en la veracidad de lo que ha sido demostrado y en la validez de la demostración. No se sirve este fin por medio de la instrucción que actualmente se imparte; pero es fácil adivinar medios mediante los cuales se le pudiera servir. Actualmente, por lo que respecta a la aritmética, se le da al alumno una serie de reglas no como ciertas o falsas en sí, sino escuetamente como expresión de la voluntad del maestro: Como la manera en la que, por razón inescrutable, el maestro prefiere que sea el juego. Hasta cierto grado, en un estudio de

utilidad práctica tan definida, no es dable evitar esto; pero tan pronto como sea posible debe exponer el maestro las razones de las reglas, empleando para ello los medios que más fácilmente comprenda la mentalidad infantil. En geometría, en vez del tedioso aparato con que se logran pruebas falsas de perogrulladas obvias,—que eso es el comienzo de Euclides,—se le debe permitir al estudiante que asuma la verdad de cuanto es obvio, y se le debe instruir en las demostraciones de teoremas que sean sorprendentes a la vez que fáciles de comprobar mediante dibujos: Teoremas como aquellos en los que se demuestra que tres o más líneas se juntan en un punto. Así se fomenta la fe; se ve que el razonamiento puede llevar a conclusiones que por sorprendentes que sean, la realidad visible puede comprobar; y así la desconfianza instintiva de cuanto es abstracto o racional, se vence gradualmente. Cuando los teoremas son difíciles, se les debe enseñar primero como ejercicios de dibujo geométrico, hasta que la figura le sea enteramente familiar al estudiante; entonces será un paso agradable aprender las conexiones lógicas de las varias rectas o curvas que ocurran. Es deseable, también, que la figura que ilustre un teorema se la dibuje en todos los casos y formas posibles, para que las relaciones abstractas de que se ocupa la geometría surjan por sí mismas como residuo de similitud en medio a tan grande diversidad aparente. De este modo las demostraciones abstractas formarán sólo una pequeña parte de la instrucción, y deben darse cuando el estudiante, ya familiarizado por medio de ilustraciones concretas, tenga el convencimiento de que encarnan verdades que la realidad visible comprueba. En tan temprana etapa de la enseñanza las pruebas no deben darse con plenitud pedante; los métodos definitivamente falsos, como el de la superposición, deben excluirse rigidamente desde el principio; pero en aquellos casos en los que, sin tales métodos, la prueba sería muy difícil, debe hacerse aceptable el resultado por medio de argumentos y de ilustraciones que contrasten explícitamente con las demostraciones.

En el comienzo del álgebra, hasta el niño más inteligente halla, por regla general, dificultad enorme. El empleo de letras es un misterio que no parece tener otro fin que el de mixtificar. Es casi imposible, al principio, no pensar que cada letra representa un número dado, un número que el maestro sabe y que sabríamos si nos lo dijese. El caso es que en el álgebra se le enseña a la mente a considerar por vez primera verdades generales, verdades que lo son, no sólo con respecto de una u otra cosa dada, sino que de cualquiera de las que forman todo un grupo de cosas. En la facultad de comprender y de descubrir tales verdades reside el poder del intelecto sobre cuanto es real o posible; y la habilidad para dominar lo general como general, que no como conjunto de casos particulares, es uno de los dones que la educación en la matemática debe de conceder. Pero, generalmente, ¿de qué manera tan poco satisfactoria, tan poco inteligente, puede el maestro de álgebra explicar el abismo que la divide de la aritmética; y en sus esfuerzos por entender, cómo va el estudiante dando tropezones sin recibir más que la más ligera ayuda! Porque generalmente se sigue en el álgebra el método que se ha adoptado para la enseñanza de la aritmética: Se dan ciertas reglas sin explicar su fundamento; el estudiante las aprende ciegamente, y con el tiempo, cuando ya puede obtener las respuestas que el maestro quiere, se siente como si hubiera dominado las dificultades de la asignatura. De la comprensión interior de los procedimientos empleados, lo más probable es que casi no haya adquirido nada.

Cuando se ha aprendido álgebra, todo va como en rieles y sobre ruedas hasta que llegamos a aquellos estudios en los que se emplea la noción de la infinidad,—en el cálculo infinitesimal y en todas las altas matemáticas. La solución de las dificultades que anteriormente rodeaban al infinito matemático es probablemente el mayor triunfo de que puede enorgullercerse nuestra época. Desde los comienzos del pensamieto griego se han cono-

cido estas dificultades; en cada época los intelectos más sutiles se han esforzado, en vano, por responder las aparentemente incontestables preguntas que hizo Zenón eleata. Hasta que, por fin, George Cantor ha hallado la respuesta, y ha conquistado así, para el intelecto, una provincia nueva y vasta donde reinaran el Caos y la antigua Noche. Asumíase como cosa evidente de por sí, hasta que Dedekind estableció lo contrario, que si, de una colección de cosas, quitamos algunas, el número de las restantes sería menor que el que había antes de hacer esa operación de resta. Esta asunción, sin embargo, es cierta sólo con referencia a colecciones o grupos finitos; y su negación, en lo tocante a lo infinito, se ha demostrado que quita todas las dificultades que antaño dejaban perpleja a la razón humana a este respecto, y hace posible la creación de una ciencia exacta del infinito. Este estupendo descubrimiento debe revolucionar la enseñanza de la alta matemática; de por sí ha enaltecido grandemente el valor educativo de todos los estudios matemáticos, y nos ha facilitado por fin los medios para que tratemos con precisión lógica muchos estudios que, hasta recientemente, estaban envueltos en falsedad y oscurana. Pero a quienes se les educó a la manera antigua, la nueva labor les parece apalantamente difícil, abstrusa, y oscura; y debe confesarse que su descubridor él mismo, como es el caso tan amenudo, apenas si ha salido de entre las nieblas que la luz de su intelecto está dispersando. Pero inherentemente, la nueva doctrina del infinito le ha facilitado a toda mentalidad cándida e investigadora, la maestría de la alta matemática; porque antaño era necesario aprender, por un largo procedimiento de sofistería, a aceptar argumentos que, a primera vista, correctamente juzgamos confusos y erróneos. De manera que, lejos de producir una impertérrita fe en la razón, una atrevida actitud de rechazo de cuanto no se ciñe a los requisitos más estrictos de la lógica, la enseñanza de las matemáticas, durante los dos últimos siglos, impulsó la creencia de que muchas cosas que una investigación rígida rechazaría por falsas, había sin embargo que aceptarlas porque *resultaban* en lo que los matemáticos llaman "la práctica". Así, donde la razón ella sola debió sentarse en trono absoluto, se permitió que alzara cabeza y obtuviera mando un espíritu tímido y convenienciero, o bien una fe sacerdotal en misterios ininteligibles para los profanos. Ya es tiempo de barrer con eso: Enséñese de una vez a quienes desean penetrar en el arcano de la matemática, la teoría verdadera en toda su pureza lógica y en la concatenación establecida por la esencia misma de las entidades de que se trate.

Si consideramos la matemática como fin en sí misma en vez de como una disciplina técnica para los ingenieros, es muy deseable guardar la pureza y lo estricto de su razonamiento. Por consiguiente, a aquellos que han logrado una suficiente familiaridad con sus partes más fáciles, debe hacérseles retroceder, de las proposiciones a las que han dado su asentimiento, hacia principios más y más fundamentales, de los cuales puedan deducirse las que habían parecido premisas anteriormente. Habrá que enseñarles lo que la teoría de la infinidad ilustra con claridad: Que muchas proposiciones que para la mentalidad ineducada parecen evidentes en sí, resultan falsas, cuando las sometemos a un escrutinio más severo. Así se les guiará a una investigación escéptica de los primeros principios, a un examen de las bases sobre las que está fundado el edificio todo del razonamiento, o, para emplear una metáfora más adecuada, al gran tronco del que brotaron las extendidas ramas. En llegando a esta etapa, es bueno estudiar de nuevo las partes elementales de la matemática, no para sólo preguntar si es cierta o no una proposición dada, sino para también investigar cómo tal proposición crece de lo principios centrales de la lógica. En nuestra época ya nos es dado resolver estos problemas con una seguridad y una precisión que anteriormente eran del todo imposibles; y en el engranaje del razonamiento que la solución de esos problemas requiere, por fin se

muestra la unidad de todos los estudios matemáticos.

En la gran mayoría de los textos para el estudio de la matemática hay una falta total de unidad metodológica, y de desarrollo sistemático de un tema central. Se emplean medios cualesquiera, con tal que parezcan los más inteligibles, para probar proposiciones de diversa índole, y se dedica demasiado espacio a meras curiosidades que de modo ninguno contribuyen al argumento principal. Pero en las más grandes obras de matemática, se siente la unidad y la inevitabilidad como en el desarrollo de un drama: En las premisas se propone a la consideración un problema, y en cada paso que se da hacia su resolución se avanza inequívocamente hasta llegar al dominio de su naturaleza. El amor del sistema, el amor de la interconexión, que es quizás la esencia más honda del impulso intelectual, puede hallar, como en ninguna otra esfera, holgura de acción en la matemática. Al estudiante a quien anima este impulso no debe atontársele con un ejército de ejemplos faltos de significación ni debe distraérsele ni descarriársele con rarezas divertidas; se le debe alentar, más bien, a fijarse en principios centrales, a familiarizarse con la estructura de varios problemas que le sean presentados, a conducirse con soltura entre los pasos de las más importantes deducciones. De este modo se cultiva un buen tono mental, a la atención selectiva se la educa a fijarse de preferencia en lo que es de peso y de esencial valor.

Cuando se contemplan los estudios separados en que se divide la matemática cada uno como un todo lógico, como un desarrollo o brote natural de las proposiciones que constituyen sus principios, el estudiante podrá comprender la ciencia fundamental que unifica y sistematiza el todo del razonamiento deductivo. Esta ciencia es la Lógica Simbólica, estudio que, aún cuando debe su inepción a Aristóteles, es sin embargo, en la mayor amplitud de su desarrollo, producto, casi por entero, del siglo diecinueve que en el nuestro sigue creciendo con asombrosa rapidez. El verdadero método de descubrimiento en la Lógica Simbólica, y quizás el método mejor para iniciar en su estudio a los estudiantes ya conocedores de las otras ramas de la matemática, es el análisis de ejemplos efectivos de razonamientos deductivos con la mira de descubrir los principios empleados. Estos principios, en su mayor parte, están arraigados tan hondamente en nuestros instintos de raciocinio, que se les emplea de manera perfectamente inconsciente, y se les puede sacar a la luz sólo mediante grandes y pacientes esfuerzos. Pero, cuando por fin los hemos descubierto, vemos que son un corto número, y que constituyen la base única de cuanto hay en la matemática pura. El descubrimiento de que toda la matemática surge inevitablemente de una exigua colección de leyes fundamentales, realza inconmensurablemente la belleza intelectual del todo; a quienes se han sentido atormentados por la naturaleza fragmentaria e incompleta de casi todos los encadenamientos de la deducción, este descubrimiento les llega con la fuerza todadominante de una revelación; como un palacio que emerge de entre las neblinas del otoño al ascender el viajero una colina de Italia, así los majestuosos pisos del edificio de la matemática aparecen en su debido orden y en su justa proporción, con una nueva perfección visible en cada parte.

Hasta adquirir la Lógica Simbólica su desarrollo actual, los principios sobre los que descansa la matemática se creía que eran filosóficos, y descubribles sólo por los métodos inciertos e improprios empleados por los filósofos anteriores a nuestros días. Mientras perduró esta creencia, la matemática no parecía autónoma sino dependiente de un estudio que poseía métodos propios enteramente distintos de los suyos. Además, puesto que la naturaleza de los postulados de que se deducen la aritmética, el análisis y la geometría, estaba envuelta en las oscuridades tradicionales de las discusiones metafísicas, el edificio construido sobre tan dudoso fundamento comenzaba a juz-

gársele como no mejor que un castillo en el aire. A este respecto el descubrimiento de que sus verdaderos principios son parte tan integrante de la matemática como sus consecuencias, ha aumentado en mucho la satisfacción intelectual lograda. Esta satisfacción no se le debe negar al estudiante capaz de gozar de ella, porque es de esencia tal que puede aumentar el respeto que le debemos a las facultades del hombre y a nuestro conocimiento de las bellezas que posee el mundo abstracto.

Los filósofos comúnmente han sostenido que las leyes de la lógica, sobre las que se erige la matemática, son leyes del pensamiento, leyes que regulan el funcionamiento de nuestras mentes. Esta opinión rebaja en mucho la verdadera dignidad de la razón; pues deja el razonamiento de ser investigación del corazón mismo y de la esencia de todas las cosas efectivas y posibles, y se convierte, en cambio, en la investigación de algo más o menos humano y sujeto a nuestras limitaciones. La contemplación de lo no humano, el descubrimiento de que nuestras mentes son capaces de construir con materiales que ellas no han creado, sobre todo, la realización de que la belleza es atributo del mundo externo como del mundo interior, son los principales medios para vencer la terrible sensación de impotencia, de debilidad, de destierro entre fuerzas hostiles, que con demasiada aptitud resulta del reconocimiento de la cuasi omnipotencia de fuerzas extrañas a nosotros mismos. Reconciliarnos, por la exhibición de sus suprema belleza arrobadora, con el régimen de la Fatalidad (que es la representación meramente literaria de estas fuerzas), es la tarea de la Tragedia. Pero la matemática nos conduce aún más allá de lo humano, a la región de la necesidad absoluta, a la que debe someterse no sólo el mundo efectivo sino que todo mundo posible; y aún aquí construye su morada, o más bien la halla construida y eterna, en la que nuestros ideales se satisfacen plenamente y nuestras mejores esperanzas no se truncan. Es sólo cuando entendemos por completo la entera independencia de nosotros, que este mundo que la razón descubre posee, que podemos adecuadamente darnos cuenta de la profunda importancia de su belleza.

No sólo es independiente de nosotros y de nuestros pensamientos la matemática, sino que, en otro sentido, nosotros y el universo todo de las cosas existentes, somos independientes de ella. Aprender este carácter puramente ideal que posee es indispensable si hemos de comprender el justo lugar de la matemática entre las artes. Créase antaño que la razón pura podía decidir, en algunos respectos, sobre la naturaleza del mundo efectivo: Créase, cuando menos, que la geometría se ocupa del espacio en que vivimos. Pero ahora sabemos que la matemática no puede dictar fallo ninguno sobre cuestiones de la existencia efectiva: El mundo de la razón, en cierto sentido, domina al mundo efectivo, pero no es en ningún punto creador de nada efectivo, y al aplicar al mundo sus resultados en el tiempo y en el espacio, piérdense su seguridad y su precisión entre las aproximaciones de las hipótesis útiles para trabajar. Los objetos que los matemáticos han considerado en el pasado han sido principalmente de una especie sugerida por los fenómenos naturales; pero la imaginación abstracta debe libertarse por completo de tales restricciones. Debe acordarse una libertad recíproca: La razón no puede dictarle al mundo efectivo, pero las cosas del mundo efectivo no pueden restringir el privilegio de la razón de ocuparse con cualesquiera objetos que su amor por la belleza le haga creer que son dignos de consideración. Aquí, como en todo, construimos nuestros ideales propios con los fragmentos que hallamos en el mundo; y a la postre es difícil decir si el resultado es creación o descubrimiento.

Es muy deseable, en el curso de la instrucción, persuadir al estudiante de la corrección impecable de los principales teoremas, pero persuadirlo de la manera entre todas las maneras posibles que en sí posea la mayor belleza. El verdadero interés de una demostración no estriba, como lo sugieren los métodos de exposición tradicionales, en sólo

el resultado; donde esto ocurra, debe mirársele como un defecto, y debe remediársele, si posible, por medio de una generalización tal, de los pasos de la prueba, que cada paso tenga importancia en sí y por sí. Un argumento que sólo sirva para probar una conclusión es como un cuento subordinado a alguna moraleja que ha de enseñar; en cambio, para la perfección estética, ninguna parte del todo debe ser un mero medio. A cierto espíritu práctico, al deseo de un progreso rápido, de la conquista de nuevas regiones, se debe la importancia indebida, que se le atribuye a los resultados, que prevalece en la enseñanza de la matemática. Mejor manera es proponer para su consideración algún tema: En geometría una figura que posea propiedades importantes; en análisis, una función cuyo estudio sea iluminador; etcétera. Siempre que las pruebas dependan sólo de algunas de las marcas o señales por las que definamos el objeto a estudiar, estas señales deben aislarse e investigarse por su propia cuenta. Porque es defecto, en un argumento, emplear más premisas de las que la conclusión requiere: Lo que los matemáticos llaman elegancia resulta del empleo de sólo aquellos principios esenciales en virtud de los cuales la tesis es cierta. En Euclides es mérito que adelante hasta donde lo hace sin emplear el axioma de las paralelas,—no, como tan frecuentemente se dice, porque este axioma sea inherentemente objetable, sino porque, en matemática, cada nuevo axioma disminuye la generalidad de los teoremas resultantes, y la mayor generalidad posible es lo que hay que buscar antes que todo.

De los efectos de la matemática fuera de su esfera propia se ha escrito más que de su propio ideal. El efecto que ha tenido en la filosofía ha sido, en el pasado, muy digno de nota, pero muy variado: En el siglo diecisiete, el idealismo y el racionalismo; en el dieciocho, el materialismo y el sensacionalismo, todos cuatro parecen haber nacido de ella. Del efecto que puede tener la matemática en el futuro, sería insano atrevimiento decir mucho; pero en un respecto parece probable un resultado bueno. Contra la clase de escepticismo que abandona los ideales porque el camino para seguirlos es arduo y el fin que se anhela no es alcanzable con certeza, la matemática, dentro de su esfera propia, da respuesta completa. Con demasiada frecuencia se dice que no hay verdad absoluta, sino sólo opinión y juicio particular; que cada uno de nosotros está condicionado, en su punto de vista para ver el mundo, por peculiaridades individuales, por gustos y prejuicios personales; que no hay un reino, externo, de la verdad, al que, por ejercicios de disciplina y de paciencia, podamos alcanzar sino sólo esta verdad para mí esta otra para ti, una para cada individuo: Adquirido semejante hábito mental, se niega uno de los principales fines del esfuerzo humano, y la suprema virtud del candor, de la impasible aceptación de lo que es, desaparece de nuestra visión moral. La matemática es un reproche constante para tal escepticismo: Su edificio de verdad está basado incommoviblemente, y se le

vanta inexpugnable frente a todas las armas del cinismo que duda.

Los efectos de la matemática en la vida práctica, aún cuando no deben considerarse como el motivo de nuestros estudios, pueden sin embargo emplearse para resolver una duda que en todo tiempo puede surgir en el estudiante que estudia solo. En un mundo tan lleno de daño y de sufrimiento, el retiro al claustro de la contemplación, al goce de deleites que, por nobles que sean, han de ser siempre reservados sólo para pocos, no puede dejar de parecer acción egoísta, puesto que parece negación a compartir la carga impuesta a otros en virtud de accidentes en los que la justicia no ha tomado parte. ¿Tiene alguno de nosotros, nos preguntamos, derecho a retirarse de los males actuales y dejar sin nuestra ayuda a nuestros semejantes, y vivir una vida que, por austera y ardua que sea, es sencillamente una buena vida por naturaleza propia? Cuando estas preguntas surgen, la verdadera respuesta, no hay duda de ello, es que algunos deben mantener vivo el fuego sagrado, que a algunos les toca mantener, en cada generación la visión siempre anhelada a cuyo esplendor se vislumbra el fin de tanto esfuerzo. Pero cuando, como algunas veces tiene que ocurrir, esta respuesta parece demasiado fría, cuando casi nos trastorna el espectáculo de las miserias por aliviar las cuales nada hacemos, podemos reflexionar que, indirectamente, el matemático, a menudo, hace más por la humanidad que muchos de sus contemporáneos activos en cosas prácticas. La historia de la ciencia prueba abundantemente que un conjunto de proposiciones abstractas, aún en los casos como el de las secciones cónicas en los que pasan dos mil años antes de que tengan efecto en la vida cotidiana, pueden, no obstante, en un momento dado, revolucionar nuestra manera corriente de pensar y las ocupaciones diarias de todo individuo. El empleo del vapor y de la electricidad, para tomar sólo dos ejemplos conocidísimos, ha sido posible sólo merced a la matemática. En los resultados a que llega el pensamiento abstracto el mundo posee un tesoro cuyo empleo para enriquecer el acervo común de la humanidad no tiene límites conocidos. Ni nos indica la experiencia qué partes de la matemática son las que podrán ser útiles. Por consiguiente, el motivo de utilidad puede servirnos de consuelo sólo en momentos de desaliento, pero no como guía perenne para la dirección de nuestros estudios.

Para la salud de la vida moral, para ennoblecer el tono de una época o de una nación, las virtudes más austeras tienen eficaz poder extraño, superior al de aquellas que no están empapadas ni purificadas por el pensamiento. De estas virtudes más austeras el amor de la verdad es la principal, y en la matemática, más que en otra parte alguna, el amor de la verdad puede hallar aliento para la fe cuando ella desfallezca. Cada gran estudio no sólo es un fin en sí mismo sino también un medio para crear y mantener un alto hábito mental; y este propósito hay que mantenerlo siempre frente a nosotros en la enseñanza y en el aprendizaje de la matemática.

Bertrand Russell

Apostilla a un Persiflage

= Envío del autor =

«Por si era cierto que leía con mi novia los *Diálogos de Platón*» me dedicó el agudo *Persiles* una de sus crónicas semanales en *Repertorio*. Agradezco la dedicatoria y apenas le objeto que llame versallescamente novia a quien es, revolucionariamente, compañera. No hago una antojadiza trasposición de vocablos. El término novia rebosa de un contenido colonial y romántico, de idilio de postalita con claro de luna, endecha y escala, que pugna con la ideología y los modos de vida de las gentes jóvenes

de estos tiempos. No concebimos los militantes de las izquierdas revolucionarias la novia antiguo-régimen, anticipo edulcorado de la esposa que sólo serviría para darnos hijos y soportar como fatalidad de su sexo nuestras impertinencias de garañón, sino la compañera que, codo a codo con nosotros, adopte frente a la vida una actitud autónoma. Mas, no ha sido mi propósito extenderme en esta cuartilla marginal en disquisiciones sobre el nuevo papel social de la mujer. La dedicatoria de *Persiles* me puso a

pensar alrededor de este tema apasionante: ¿qué lecturas deben preferir, o mejor, cuáles «necesitan» los hombres jóvenes del continente? ¿Será en el vasto arsenal de las literaturas clásicas donde deben buscar orientaciones doctrinarias las nuevas generaciones, o bien, existe una bibliografía nueva, en disciplinas mentales recién metodizadas, de más urgente estudio y aplicación?

Quede planteada la interrogación para quien quiera contestársela. Diré en pocas palabras mi pensamiento sobre la cuestión. En palabras ni medidas ni pesadas. Expreso, con pasión propia de un hombre enemigo de matices ambiguos, mi actitud personal, que es también la de un sector nutrido de las vanguardias americanas.

La herencia en la república del pensamiento colonial mantuvo en América, apenas hasta ayer, la ilusión del peripatos y de la cultura escolástica. Fue prueba de distinción poder verter en castellano impecable los deliciosos latines del Satiricón. Vestía mucho recitar, en festejos benéficos, páginas íntegras de Lope o los dos Luises. Los epígrafes de Dante y Virgilio servían de eficaz pasaporte para la benevolencia lectora. En política, sobre todo, nada lograba con tanta eficacia las simpatías ingenuas del «soberano» como una cita oportuna de cualquier pasaje de las historias romana o griega. Mientras tanto, las tradiciones aborígenes, el estudio objetivo y metódico de las posibilidades americanas, la definición de nuestros problemas inmediatos, eran desdeñados o apenas servían como objeto para eruditos paralelos con pasajes de la antigüedad greco-latina.

Como resultado lamentable de esta cultura pomposamente «humanista», nuestro escenario americano se ha visto ocupado siempre, en política como en arte, por retóricos lenguaraces, muy nutridos de sapiencia clásica, pero, incapacitados para afrontar conscientemente nuestros problemas de vida y de cultura. Las generaciones de latinistas han sido las mismas generaciones de vende-pueblos, por cálculo mezquino o por ignorancia de las cuestiones técnicas de la administración pública, ya que consideraban indecoroso para sus personas abandonar los incunables preciosos o las simples ediciones económicas de sus reverenciados clásicos, remangarse la clámide,—o la levita, que le substituye—, y descender a la plaza pública a mezclarse en debates apasionados.

Contra ese sistema de cultura, que es todo un sistema de vida, ha reaccionado ya la gente nueva de América-latina. Es la nuestra una generación echada a la calle, que no «robinsonea», que no procura eludir sus responsabilidades apremiantes escudada tras parapetos de diccionarios, que comprende la urgencia de actuar y que por eso actúa. En ese camino, sería en nosotros un suicidio mental la dedicación absorbente al estudio de las fuentes clásicas del pensamiento. Desde este punto de vista, tiene razón *Persiles* cuando duda de mis devociones a Platón, como la tendría si dudara, en el mismo sentido, de las de cualquier hombre nuevo de esta hora. Confieso, sin

pudor, seguro de mí mismo, que no son los *Diálogos* el libro que me sirve de cabecera. Acudo a él, a cualquier otro de literatura antigua o contemporánea, como descanso de lecturas más áridas y eficaces en estos momentos beligerantes que estamos viviendo: economía, estadística, finanzas, doctrinas sociales nuevas. Un libro de anti-imperialismo contemporáneo me apasiona más que el más intenso relato de Tucídides. Demoro sobre las páginas difíciles de *El Capital*, de Karl Marx, los ojos que se me duermen de fatiga sobre las minucias mitológicas de Herodoto. Cuando escucho los ditirambos de los taurófagos,—así llamaba Aristófanes, si no me traiciona mi indigente bagaje griego, a los voraces poetas que se alquilan—, del tiempo de Pericles, o cuando en los *Diálogos* oigo gotear, bajo plataneros rumorosos, discreteos sobre la verdad y la belleza, no es para poner los ojos en blanco añorando la «democracia ateniense» como un inalcanzable paraíso perdido, sino para constatar la injusticia que significa el hecho de que unas cuantas docenas de haraganes egregios pudieran vivir en divino ocio mientras millaradas de ilotas arrastraban esclavitud de bestias. En los claros varones de Plutarco no he logrado sentir el calor de emoción humana que me dejaron el *Lenin* de Máximo Gorki, o el *Mahatma Gandhi* de Romain Rolland, o el *Simón Bolívar* de Fernando Gonzá-

lez. *Cornelia* me entusiasma mucho menos que *Rosa Luxemburgo*. En definitiva, los nombres clásicos,—ya «mineralizados», diría Eugenio d'Ors—, me apestan a discurso de repartición de premios en escuelas de primera enseñanza. No lo gran despertar en mí—¿y en cuál hombre leal al ritmo de esta hora?—, esa ansia de imitación superadora que nos arrastra detrás de los creadores de estos días, de los que sentimos inmediatos a nosotros en el tiempo y la actuación.

No se trata de actitudes iconoclastas de mozabeltes, muy convencidos de estar ocupando el centro del universo. Nada de eso. Tocamos tierra. Estamos metidos muy en lo hondo de la realidad. Por eso mismo, nos sentimos más cerca, pongamos por caso, de la dialéctica marxista que nos da, con una interpretación integral del mundo donde vivimos, de «nuestro» mundo, los medios de subvertir un orden social injusto, que del «Logos» griego o de la «Summa teológica», sistemas ambos archivados en museos de arqueología. Y por consiguiente, más fervorosamente devotos de la vida y de la obra de un Federico Engels o de un José Carlos Mariátegui que de las de Solón o Tomás de Aquino.

Así nos definimos leales a nuestras inquietudes y consecuentes con las necesidades vitales de estos pueblos, tan amenazados por las agresiones de fuera y por las charlatanerías de dentro.

Rómulo Betancourt

San José de Costa Rica, abril de 1931

Persiflage

Donde nos dan gato por liebre

= Colaboración directa =

Para el Profesor de Estado don *Napoleón Quesada*, a quien la Patria Agradecida le ha señalado desde hace tiempo una liberal pensión para que goce del ocio que exige el cultivo de las letras clásicas que él tanto ama.

Infeliz estudiantillo que fui, ¡cuánto tiempo pasé creyendo que había de conformarme con resúmenes de las obras maestras de la literatura clásica! Nunca, me decía a mí mismo, tendré tiempo ni sabré lo bastante para leer a los clásicos. Pero pude hacerlo, y ése es el cuento de hoy.

Un día aquel compañero que era el más desaplicado de la clase tuvo la ocurrencia de hablar largo y tendido conmigo. ¡Qué extraordinaria personalidad la suya! ¡Qué visión tan directa de las cosas! ¡Qué admirable falta de respeto la que usaba! Cantú era para los estudiosos de entonces la última palabra en casi todo, que no sólo en historia. Al muchacho desaplicado le leí en alta voz, para probarle un punto, lo que en su obra decía de los trágicos griegos el italiano. Me oyó con paciencia nerviosa y, «Ahí tienes—me dijo—por qué no estudio; pues si ese tal Eurípides es todo lo que ese libraco dice, yo sería un estúpido si me gasto mi tiempo leyéndolo».

Volví a leer para mí las páginas del erudito historiador y comprendí que el desaplicado de mi clase tenía razón. Desde entonces odio a Cantú.

«La vida—me dijo el desaplicado, hablando consigo mismo más bien que dialogando—hay que vivirla. Todos esos cuentos de la literatura son imbéciles, necios, sin provecho. Hay más aventura que en Homero en ir al Poás una noche de luna, con poco que comer, con muchachas, y a pie. Hay más tragedia cada día de exámenes que en Esquilo y los demás viejos chochos de hace dos mil y pico de años...» Y me dejó convencido y triste, con mi cuaderno aseado en el que venía copiando diligentemente los resúmenes de las grandes obras de la antigüedad que para nuestra instrucción habían hecho en horas de desvelo generoso los maestros de literatura de la Escuela. Puedo decir con el poeta que «si no caí fué porque Dios es bueno».

Quemé el cuaderno en un arranque de desesperación y en cuanto redondeó la luna acompañé al desaplicado de mi clase en un viaje al Poás, a pie, y con poco que comer, y con muchachas. Quiso la noche estar demasiado nublada, y maldita la gracia que me hizo la aventura. La muchacha que me tocó servir era necia de rematar. Habló y habló y habló y acabamos por odiarnos. Cuando

volví al más sereno aburrimiento de la Escuela, no pudiendo vivir sin comercio con el mundo de las grandes letras, me puse a devorar lo que nos queda del teatro griego en las excelentes versiones que tenemos en castellano. Por ese tiempo eran nuevas las ediciones de la Universidad de Chile y novísimas las de la Universidad Nacional de México. ¡Qué distintas estas versiones de los resúmenes insulsos! Me supieron a fruta verdadera mientras que los resúmenes me parecieron desde entonces como los malos cromos de naturaleza muerta con que en algunas casas se adorna los comedores. Leí y leí y leí.

El desaplicado no volvió a la Escuela. Se enredó con la necia que me había tocado a mí primero. Veníamos de regreso cuando peleamos ella y yo. Fastidiado, cansado, con hambre, desilusionado, y falto por completo de ese don especial que es la paciencia en su grado máximo y que se expresa en poder soportar más de una hora a una muchacha de las que hablan sólo de cine, quién sabe qué grosería le diría a la criatura hablantina. Ella se echó a llorar; el desaplicado intervino, me guiñó el ojo significándome que siguiera adelante, y los dos se quedaron atrás, él para consolarla y darle explicaciones, ella para dejarse consolar. El consuelo fué eficaz. Ya va a la escuela y es el vivo retrato del papá. Pero, digo, el desaplicado no regresó al seno de la desnaturalizada *Alma Mater* como han dado en llamar a los colegios los que saben que así los llaman en los Estados Unidos.

Siempre he pensado que otra suerte hubiera corrido el desaplicado si en vez de resúmenes y de juicios de Cantú y de peores que Cantú, la tal *Alma Mater* le hubiera dado a conocer los clásicos directamente. Algunos de mis lectores habrán que estudiaron conmigo en aquella época. Recordarán el escándalo en que se metió el desaplicado, y cómo un político influyente lo hizo salir bien de ese embrollo y lo convirtió en político. Pero he creído también que menos desgraciado fué él que todos aquellos otros que nunca lograron vislumbrar siquiera que los resúmenes eran imbéciles e imbecilizadores. Estos quedaron incurablemente imbecilizados. Los conoceréis fácilmente en cualquier parte. Para ellos los cromos son el arte, la obertura de Guillermo Tell y la bullaranga de Poeta y Aldeano son la música. ¡Claro! Se les enseñó que los resúmenes son la literatura. El Estado pagó profesores para que enseñaran literatura, y los profesores enseñaron... resúmenes. Se comprende que, entre la gente a quienes los colegios les han dado sello y diploma de ser cultos, se ponga en marcos dorados los anuncios de la casa Bayer pero se deteste las preciosas maderas de Amighetti; se comprende que Bogumil Sykora haya tenido vacío tras vacío en sus conciertos del Teatro Nacional, ese fastuoso monumento del mal gusto; se comprende también que, una vez fuera de la Escuela, y aún estando en ella todavía, los clásicos abrumen a los jóvenes mientras que Paul de Kock y Ponson du Terrail y Ricardo León y Felipe Trigo y Vargas Vila y Blasco Ibáñez les encan-

tan; se comprende, en suma que tengamos una intelectualidad a ras de suelo. Ya oiremos en el Congreso del Niño al Dr. Luján arremeter contra la situación existente, en la que a millares de criaturas, en vez de leche, se les da agua azucarada, con lo que se crían raquíticos. ¡Que alguien dijera algo del agua azucarada de los resúmenes con que en los colegios se nutre a los cerebros infantiles en vez de darles la leche vivificante de los libros!

Cada vez que voy a San José, me asombro de la riqueza que posee la Biblioteca Nacional en obras clásicas. Ahí están, en griego y en latín, y en inglés y en francés, ¡y en castellano! Denso polvo las cubre. Abre uno esos libros y corren entre sus páginas pequeños animalillos de aspecto antediluviano, diminutos monstruos semejantes en forma, me figuro, a los grandes que reptan entre olvidadas ruinas de antiguas civilizaciones. La Biblioteca es casa de libros. Las casas son para vivir. Los clásicos debieran vivir en la Biblioteca Nacional. Pero no viven. Debieran dar y recibir calor, que eso es la vida. Debieran calentarse con la mirada de los jóvenes, con las manos de los jóvenes. Pero los jóvenes no van a la Biblioteca. Lo digo como regla general. Y cuando van, no es a buscar a los clásicos. Nuestros profesores de literatura ahuyentan de la Biblioteca a los jóvenes, por obra y gracia de sus benditos resúmenes. Cuando se expulsó de la Escuela al desaplicado escandaloso él se alegró. «Tengo suerte—dijo.—Prefiero quedarme ignorante a que me hagan estúpido a la fuerza».

El desaplicado, con su admirable visión directa de las cosas, dijo una gran verdad. Quienes abogan porque se cierran los colegios, no son necesariamente enemigos de la cultura. Algunos han comprendido que los colegios son pura farsa. Alrededor de las reformas que ha querido introducir Don Justo en su ac-

tuación de Ministro de Educación, abundan los comentarios. Aquí va el mío: Don Justo también se ha dado cuenta de que en los colegios se da gato por liebre, y tiene el loable empeño de salvar a los gatos; quiere que para algo sirvan los colegios y que la imbecilización sistemática se reduzca a un mínimo. Las reformas introducidas en el Colegio de Señoritas son las que más bulla han provocado. Se exagera hasta llegar a decir que Don Justo quiere convertirlo en Escuela de Cocina. No es así, pero, si lo fuera, razón habría de sobra. Es preferible que las jóvenes aprendan a cocinar, que eso sirve para algo y es elevado ministerio de la mujer, que no que aprendan resúmenes.

La situación del Colegio nos la pinta un punto: el año pasado se graduó bachillera allí una señorita, una sola por dicha, que no tuvo en sus exámenes ni la más leve falta de ortografía. Funesto ejemplo. Por ese camino se iba a la perdición. Lo esencial es aprender a hacer una buena torta de huevos aunque se omita la *h* que ya no tiene razón de seguir frente a la *u* desde que la *u* dejó de confundirse con la *v*. Si Don Justo fracasa, lo mejor entonces sería suprimir la Biblioteca. Porque, ¿de qué sirve que allí se tenga las tragedias de Esquilo en las versiones de Brieva Salvatierra y del Padre Salas; las de Sófocles en las del maestro Hernán Pérez de Oliva, de Vicente García de la Huerta, del Padre Arnal, de don Pedro Estalá, de Musso y Valiente, de González Garbín, de Pérez Rojart y del ilustre mejicano González Herrán; y las de Eurípides de Miez y Barbery y de don Eduardo de Mier, cuando, sin temor a ser punido, se puede decir sentenciosamente que, para hacer un profesor de literatura los resúmenes de las tragedias principales del teatro ateniense, tiene que acudir a versiones francesas?

Persiles

Heredia, marzo, 1931.

Defendamos nuestra energía eléctrica

(En el día de Juan Santamaría)

= Envío del autor =

Ahora que un enemigo externo, con la cooperación de algunos enemigos internos de nuestro país, quiere apoderarse de nuestra energía eléctrica, que es nuestra principal riqueza y que al mismo tiempo es la base de nuestro poder y de nuestra independencia económica y política, tratando de desquiciar, por medios hábilmente dirigidos, nuestro Servicio Nacional de Electricidad, instituido para custodia de los *más grandes intereses del Estado*, precisa que todos los costarricenses, hombres y mujeres, jóvenes y niños se den cuenta de la trascendencia del momento actual y asuman la actitud de defensa que en los momentos de peligro para la Patria corresponde a los verdaderos patriotas.

Consideremos todos y grabemos en

nuestras mentes, de modo indeleble, estas verdades:

1.^a—Costa Rica posee, en sus aguas elevadas una enorme reserva de potencia hidráulica. Según cálculos aproximados, esta potencia sería de dos y medio millones de caballos de vapor, y es, según una Ley de la República, *propiedad exclusiva del Estado*.

2.^a—Cuando esta potencia se utilice, transformándola en Energía Eléctrica, tendrá un valor comercial de unos *trescientos setenta y cinco millones de colones por año*.

3.^a—Esta energía constituye la *principal riqueza de Costa Rica* y es ella sola, *mucho mayor que nuestras demás riquezas*

juntas: el café, los bananos, los cereales, el cacao y el hule, la ganadería, las maderas de nuestros bosques, los metales de nuestras minas y los productos de nuestra industria.

4.^a—La distribución de nuestra energía hidráulica, a todos los confines de nuestro país, por medio de la electricidad y su utilización para el alumbrado, la calefacción, la fuerza motriz y la agricultura *no será un acontecimiento de realización remota. Tendrá lugar en un corto período de tiempo*, probablemente en medio siglo, porque las exigencias de la vida moderna en corriente eléctrica son cada día más apremiantes. La corriente eléctrica es ahora tan necesaria para la vida como el aire, el agua, o el alimento. Ya no es posible prescindir de ella.

5.^a—*La energía hidroeléctrica debe ser utilizada por el Estado para el mayor beneficio de todos.* Las teorías en contra de esta tesis son anticuadas. Ahora está asomando en el mundo un pensamiento nuevo, precursor de una nueva y mejor civilización.

6.^a—No sólo constituye la energía eléctrica nuestra *principal riqueza*. Ella es la base de nuestro *poder*. La entrega de esta energía a un poder extraño a nuestro país, nos colocaría en la *posición del más humillante vasallaje*.

7.^a—La supresión súbita de los servicios eléctricos produciría en el mundo cataclismos comparables a los producidos por las guerras, o los terremotos, las hambres o las pestes. No es posible que tan tremendo poder esté bajo el control de empresas e intereses particulares. Como

no sería posible la vida, si ella dependiera, por ejemplo, de una empresa monopolizadora del aire, del agua o del pan.

y 9.^a—Si os dijeran que debíais entregar a una compañía extranjera vuestros cafetales, vuestras milpas, frijolares y arrozales, vuestros potreros con sus ganados, vuestros bosques y sus maderas, como entregásteis vuestras mejores tierras del Atlántico y del Pacífico, alegando que no tenéis capacidad para administrar y explotar estas riquezas, y que debéis contentaros con solicitar de los amos de afuera que os admitan como siervos en las fincas que fueron vuestras; si os dijeran que debéis entregar a los explotadores de afuera el ferrocarril al Pacífico y el muelle de Puntarenas, si os dijeran que debéis entregar vuestro cuartel de policía, vuestros soldados, vuestros tribunales y todo lo que representa la fuerza de vuestra nación, es seguro que todos os levantaríais como un solo hombre, en defensa de vuestra vida y la de vuestra nación.

Lo que ahora se pretende sería un despojo aún más grande que el de todo esto.

Por esto, ahora que un enemigo externo, con la cooperación de algunos enemigos internos de Costa Rica pretende desquiciar nuestro Servicio Nacional de Electricidad instituido para custodia de *los más grandes intereses del Estado*, precisa que todos los costarricenses, hombres y mujeres, jóvenes y niños, se den cuenta cabal de la trascendencia del momento actual y asuman la actitud de defensa, que en los momentos de peligro para la Patria corresponde a los verdaderos patriotas.

Enrique Jiménez Núñez

Guadalupe, Costa Rica. 11 abril. 1981.

Una noche en los pantanos...

(Viene de la página 236)

todo: de los caballos, del carruaje, de la inmensa extensión de los pantanos y hasta del viento y del cielo con sus estrellas "sin número", como decía la abuela.

Aquella noche, como si su corazón le anunciara el drama que había de desarrollarse, no experimentó ningún deseo de "mandar". De pie en la carreta, siguió con la mirada el avance del tío, observando el estremecimiento de las cañas de tres metros de altura que el campesino iba apartando para abrirse camino. Después se estuvo quieto. De cuando en cuando, bandadas de gansos y de patos silvestres, sorprendidos y alarmados en su sueño por aquella visita nocturna, alzaban el vuelo entre aleteos ruidosos. Adrián los contemplaba a la luz de la luna con emoción. Entrábanle grandes deseos de gritarles: "¡Llevadme con vosotros!"

La brisa ligera y el murmullo de las cañas le acariciaban los sentidos hasta el punto de hacerle perder toda noción de tiempo y de lugar. Así hubiera podido permanecer largo tiempo sin mover ni un dedo, porque aquellos instantes no los saboreaba en la vida perversa de todos los días, llena de gritos y de blasfemias. Cuando algún buho rasgaba el silencio con sus chillidos de mal augurio, Adrián sufría un sobresalto como si estuviera dormido.

Hacia ya largo rato que Dimi había partido. Adrián tenía ahora fija la mirada en la cresta de

las cañas, las cuales debían inclinarse mucho a la vuelta, debido a las grandes gavillas que el tío traía consigo. El movimiento se dibujaba desde muy lejos, hacíase cada vez más distinto, y al fin, asestando grandes golpes a diestro y siniestro, aparecía el tío Dimi. También aquella noche apareció, pero extenuado ya por el primer viaje, mojado hasta el pecho y cubierto de gruesas gotas de sudor.

—¡Ah! Esta vez está duro de pelar...—dijo dejando caer las gavillas y la podadera—. El agua está muy alta y ya han arramplado con todo lo que estaba fácil. Tengo que ir a buscar la caña a los mismos infiernos.

El tío Dimi se sentó, enjugóse el sudor y lió un pitillo. Después habló como para sus adentros:

—No voy a poder cortar mucho esta noche. Una carretita de tres francos a lo sumo...

Y volviéndose hacia Adrián:

—Bueno, ¿no tienes gana? Vamos a tomar un bocado...

El tío aplastó una cebolla entre la palma de las manos, la espolvoreó de sal y ofreció la mitad a su sobrino a guisa de refrigerio. Con la *mamaliga* lo encontraron excelente. Después se pasaron la *plosca*.

—¿Están tranquilos los caballos?

—Sí—contestó Adrián—, pero el de la derecha no come y no hace más que enderezar las orejas.

—¡Qué mal bicho!

Dimi cogió la podadera y se fué al segundo *drum*. Llamábase *drum* a cada viaje del que se traían dos gavillas bajo el brazo, y por la tarde, al regresar del mercado, se decía: "Era un cargamento de diez, de doce, o de quince *drumuri*".

Y esto por tres, por cuatro o por cinco francos por penas y dramas sin nombre, como se dió el caso aquella noche.

Estábase en el sexto *drum* y Dimi acababa de partir de nuevo cuando un relincho estridente rasgó el silencio y le dejó clavado en el sitio. Adrián se quedó helado hasta los tuétanos, pues conocía la cólera de su tío. Este apareció con las manos vacías, ensombrecido. Con voz de padre bondadoso se puso a hablar al caballo culpable, al de la derecha:

—¡Vamos, vamos, por Dios! ¿No se te ocurrirá armarme jaleos? ¿Qué es lo que te falta?

Le atendió solícito, le acarició y, marchándose nuevamente, le dijo a Adrián:

—No te apartes de su lado... Se cansa... No le pierdas de vista: Unas cuantas gavillas más, sólo las suficientes para que no seamos la irrisión del mercado... y nos iremos.

Pero apenas había desaparecido en el cañaveral tuvo que regresar corriendo: el caballo había lanzado un nuevo grito.

—¡Por la Virgen santísima! ¡Si sigues así te como las orejas! ¡Toma!

Y arrojándose sobre el animal le asestó una patada en el vientre que resonó dolorosamente. El pobre animal se estremeció al golpe y volvió la cabeza para mirar con sus afables ojos al que le maltrataba. Adrián temblaba como si hubiera sido él quien hubiese recibido el golpe en las entrañas, y le suplicó a su tío que no pegara más al caballo.

—¡Vamos a enganchar!—dijo el campesino—. No podemos hacer nada, nos va a traicionar... ¡Por todos los santos! ¡Qué noche nos ha estropeado!

Pusiéronse en camino. Todavía era muy de noche. Antes de que hubieran salido siquiera de los pantanos el resabiado animal se negó a seguir tirando y se paró en seco. Empezó a patallar, y resoplando por las narices enderezó las orejas. Dimi se quedó pensativo.

—¿Por qué hace esto, tío?—le interrogó Adrián.

—Es un semental, hijo mío. Debe haber olido a alguna yegua por los contornos. Cerca de aquí debe haber algún campesino con una yegua. ¡Oh! ¡Esto va a acabar mal esta noche!

El tío Dimi se santiguó tres veces al tiempo que se descubría:

—¡Que el Señor nos libre de desgracias!

Y escupió de lado:

—¡Puaf! ¡Demonio vete al desierto!

El tío se bajó de la carreta, cogió al caballo por el freno y de este modo pudieron hacer aún un poco de camino. De repente el desdichado animal relinchó dos veces seguidas en la mano de su amo. El hombre sintió que los cabellos se le erizaban debajo del gorro. La sangre se le subió a la cabeza y se puso a golpear al caballo ciega-mente, primero con los puños y con los pies, después con un garrote que sacó de la carreta y que se partió en dos por la violencia de los golpes.

El caballo se aturdió, su compañero se asustó también y ambos a dos emprendieron de pronto una carrera vertiginosa. Salieron de la carretera y se metieron en un barbecho, en donde al tío no le fué ya posible dominarlos. El semental lanzaba relinchos incesantes y arrastraba la carreta hacia los pantanos, mientras que Dimi, luchando por hacerle volver al camino, se veía desbordado, rendido, a punto de morir aplastado, en jirones todas las ropas y con la mitad del pantalón perdida ya en la carrera.

Entonces se produjo lo horrible: sin dejar de correr, Dimi clavó la hoz en el vientre del semental y se paró en seco. El filo rasgó de extremo a extremo todo el vientre, que se vació. El animal se desplomó como herido por el rayo.

Adrián lanzó un grito y se desmayó encima de las cañas.

Cuando recobró el conocimiento oyó rumor de voces.

Alumbrados débilmente por las primeras luces del alba, el tío Dimi y el guarda del pantano hablaban de pie delante del cadáver del caballo, que yacía en un charco de sangre con los intestinos desparramados en torno suyo.

—Sé bueno, Osmán—decía el tío—. No me lleves detenido. Bastantes desgracias tengo, como puedes ver. Anda, sé bueno, Osmán.

El turco, enorme, con el fusil en un hombro y el morral de provisiones en el otro, de rostro cobrizo y velludo, de negra e inteligente mirada, se cruzó de brazos ante el infortunio y dijo en un rumano apenas inteligible:

—*Ser bueno... No poder ser bueno, Dimi. Boyardo pagado, boyardo servido.*

—El boyardo no va a ser menos rico...

—*Evete (1). ¡Boyardo rico, ma Dios tuerto!*

Después, clavando sus ojos huraños en el despanzurrado animal, pronunció el veredicto que alivió el corazón dolorido del campesino:

—*Bueno, va... Ma no hablemos.*

Y volviendo la espalda a la tragedia, se alejó a paso tardo.

Dimi abandonó al compañero que tantos servicios le había prestado, ocupó su puesto en las varas y tomó el camino del pueblo después de haber descargado las gavillas.

El lucero de la mañana brillaba con todo su esplendor opalino en el horizonte cuando Adrián, separándose penosamente de su mejor amigo de la infancia—el hermoso alazán de andar altanero, de vivos ojos y sangre fogosa que arrastraba con desdén la barraca de cuatro ruedas—, se puso a seguir la carreta del tío Dimi como se sigue un coche mortuario. Mas a los veinte pasos, lleno de desesperación volvió junto al caballo tendido en el césped, se arrojó sobre los ojos para siempre cerrados, los besó alocadamente y bañó con sus lágrimas aquellos hocicos que tantas veces había acariciado.

Luego, andando de espaldas, dejó extenderse el espacio entre él y la "más noble conquista" del hombre innoble: la escena del espanto desapareció.

El cortejo fúnebre atravesaba ahora una pequeña selva de abrojos, arbustos y zarzas. Las ranas, los ruiseñores, los mirlos, las cigarras apagaban ya sus himnos en la somnolencia matinal. Pero aún no se habían callado del todo cuando el paro, la codorniz, la oropéndola reanudaban el interrumpido concierto y se bañaban en el aire fresco y puro de la mañana, llenándolo con sus alegres y variados gorjeos, con sus alabanzas al Creador.

Lo mismo en el cielo que en la tierra, la vida reanudaba su marcha, elevaba sus cánticos sinceros, invocaba a la felicidad, en tanto que el hombre sembraba la muerte y descendía más bajo que los animales.

El camino del tío Dimi pasaba por delante de la taberna de su hermano mayor, el opulento tío Angel. Cuando Dimi se detuvo allí, extenuado, para tomar un vaso, su hermano llevaba ya un buen rato dedicado a sus menesteres. Recién lavado, cuidadosamente peinados el pelo y la barba, andaba de un lado a otro en mangas de camisa, poniendo en orden su "batería". Dimi penetró en el establecimiento como un autómatas. Angel, miope, abordó a su hermano canturreando, pero al punto retrocedió, asustado por el semblante sombrío y las ensangrentadas ropas de Dimi:

—¿Qué has hecho, desgraciado?

Adrián se precipitó contra el pecho del tío Angel sollozando:

—¡Ha... matado... al caballo, tío!

El campesino, sentado en una banqueta y mirando al suelo, confirmó:

—Sí, he matado al caballo...

Angel apartó al pequeño y se precipitó a la puerta para convencerse. Entonces vió vacío el

(1) Sí en turco.

Apreciaciones...

(Viene de la pág. 233)

Cordero no desoye a quien le habla con lealtad, porque alma leal es la suya, y porque ha dicho noble y franciscanamente: «He aprendido a amar, no sólo la sinceridad del arte, sino también la de la crítica»,—ha de ver su obra definitivamente labrada, brillar entre las columnas del Templo nuevo de nuestro arte americano. Así sea.

Antonio Médez Bollo

De RICARDO LEÓN:

«A Jorge Sáenz Cordero, cuyo precioso libro *Kaaba* traído a mi por las manos afectuosas del Sr. García Monge, me ha conmovido profundamente».

De ALFONSO REYES:

«Salgo de la lectura de su libro *Kaaba* y con los mejores auspicios, joven poeta. Vaya Ud. con paso seguro, que es de buena raza».

tiro de la derecha y al lado el caballo desemparejado, que inclinaba tristemente la cabeza.

Retornó a pasos lentos, lívido, mudo, y sirviéndose aguardiente bebió con su hermano. Este le puso al corriente en breves palabras y con la garganta oprimida concluyó:

—Ahí tienes... Es mi sino... Nunca volveré a tener un animal tan hermoso... Apenas tenía siete años...

Panaít Istrati

Vasconcelos en París

Sus declaraciones.

Fundará una gran revista y casa editorial

= Envío del autor =

Desde hace una semana se encuentra en París, el ilustre educador, político y escritor, José Vasconcelos, la primera figura del Nuevo Mundo.

El autor de *Indología*, que trae encima aún el polvo de los caminos andados durante este año de su jira cultural, visitando triunfalmente Colombia, Ecuador, Panamá, Cuba, la América Central, piensa establecer por largo tiempo su residencia en la capital francesa, que es también la capital de la inteligencia.

Llegaron en estos días

Savinkov: <i>Memorias de un terrorista</i> ..	5.75
Pedro de Répide: <i>La Rusia de ahora</i> ..	3.75
Eliás Erenburg: <i>Citröen. Crónica de nuestro tiempo</i> ..	3.75
Ricardo Güiraldes: <i>Don Segundo Sombra</i> ..	3.75
Benjamín Jarnés: <i>Zumalacárregui. El caudillo romántico</i> ..	3.75
Lamartine: <i>Las confidencias</i> . 2 vols. ...	1.50
Anónimo: <i>Leyendas heroicas de los rusos</i> ..	0.50
Gaskell: <i>Norte y Sur</i> . (Novela) 3 vols. ..	2.25
Miguel de Unamuno: <i>Tres novelas ejemplares y un prólogo</i> ..	3.75
Heliófilo: <i>Charlas al sol</i> . 2. ^a serie ..	3.75
» <i>Charlas al sol</i> . 3. ^a serie ..	3.75
Alberto Thibaudet: <i>Amiel</i> ..	3.25

Interesan a los maestros

Santonja y Torres: <i>El árbol de Navidad</i> . 1 vol. pasta ..	5.00
H. G. Wells: <i>Sanderson de Oundle</i> ..	3.25
Fernando Sainz: <i>El método de proyectos en las escuelas rurales</i> ..	3.25
Lafcadio Hearn: <i>Kwaidan</i> ..	2.50
» <i>Kokoro</i> ..	3.75
Carlos Dickens: <i>La vida y aventuras de Nicolás Nickleby</i> . 4 vols.	6.00

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

Luego, mirando sus manos llenas de sangre: —He podido comprarlo a fuerza de comer gachas y verdura con vinagre... Me había empuñado en comprarlo... No me gustan los matalones...

Angel se irguió en toda su magnífica estatura, hundidas las manos en los bolsillos del pantalón:

—¡Dimi!... Escucha: yo te doy mi caballo, que no es un matalón... ¡Llévatelo ahora mismo!

El otro, abatido, sin levantar la vista del suelo, gimió entre los apretados dientes:

—No quiero tu caballo...

El bueno de Angel se esperaba esta respuesta: no era para aceptarla hoy para lo que Dimi había rechazado siempre su ayuda. Sin embargo, insistió:

—Vamos, no seas testarudo. Yo te compraré uno si no quieres el mío.

—Guárdate tu dinero...

—¿Qué vas a hacer entonces? Otro caballo te hace falta para vivir.

Postrado, Dimi murmuró con voz apagada:

—¿Que qué voy a hacer? Pues voy a decírtelo: voy a cargar mi escopeta con un buen cebo, y esta noche esperaré al propietario en la cuneta del lado por donde pase su tartana y le meteré a bocajarro "dos salivazos" en los riñones. Eso es lo que voy a hacer...

—Pero irás a presidio...

—Pues iré al presidio...

Hemos saludado en el modesto hotel del Barrio Latino donde se aloja provisoriamente (1, Plaza de la Sorbona) al maestro de la juventud. Nos recibe cordialmente en su pequeña habitación de estudiante, llena de baules, valijas, papeles, libros. Sobre la mesa, la máquina de escribir con un artículo a medio terminar destinado a *La Prensa* de Buenos Aires del cual es colaborador.

El ex-ministro de Educación de México ha venido especialmente a Francia con objeto de fundar aquí una gran revista para Hispano-América que comenzará a publicarse dentro de un mes. Será, ¿habrá necesidad de decirlo?, la principal tribuna de veinte naciones. Al margen de esta publicación, que será mensual, y dependiendo de ella, funcionará una casa editorial, cuya importancia y trascendencia serán, como la propia revista, únicas en América.

Es el primer periodista que recibe Vasconcelos desde su llegada a Europa. Las declaraciones sensacionales que nos hace, inéditas y exclusivas para nosotros, son algo así como la primicia de lo que va a ser, de lo que es ya casi, su Revista continental.

El eminente autor de *La Raza Cósmica*, nos manifestó textualmente lo que sigue:

"La Revista *La Antorcha* se fundará en París, no obstante que debiera radicarse en la Habana, en Buenos Aires, en Panamá o en México, primero porque en París

tendrá mayores garantías de una vida continua, y, segundo, porque todavía el eje de las comunicaciones se encuentra colocado fuera de América en el Viejo Mundo. La revista no será una publicación de propósito literario ni científico, aunque, ocasionalmente, acoja escritos de carácter literario o científico. La revista no será tampoco, como ha sido costumbre en el último siglo, un reflejo del pensamiento francés, del pensamiento europeo para beneficio de los pueblos Hispanoamericanos. Al contrario; esta revista procurará ser una isla hispanoamericana en medio de las viejas culturas de Europa. Un nudo al que vengan a atarse las direcciones dispersas del Continente hispánico. Una revista hispanoamericana en el mundo y no una revista europea en Hispanoamérica. Las tiranías de América, la tiranía de Venezuela, otras tiranías del Continente hacen necesario que en algún sitio del mundo se erija una tribuna para denunciar el abuso y la traición. Tratándose, por ejemplo, de México, tratándose de Centro-América, o por lo menos, de algunos países, el mundo no conoce la verdadera situación ni mucho menos las aspiraciones nacionales sino a través de gobiernos que falsifican la verdad, y, por conducto de las agencias norteamericanas que desde hace varios años han dejado de ser órgano desinteresado, de comunicación, para convertirse en instrumento de las oscuras maniobras del Imperialismo. Las gentes libres de América no encuentran un órgano donde hacer conocer su pensamiento. Los grandes diarios, aún en los casos en que están dirigidos por hombres y grupos independientes, no aciertan, a causa de sus intereses cuantiosos, a defenderse de la imposición de informaciones moldeadas a gusto y ventaja de la *United Press* o *La Prensa Asociada*. Y cada una de estas agencias es, a su vez, directa o indirectamente, órgano de los intereses materiales de los Estados Unidos en el Continente hispánico. A tal punto, que se desencadenan verdaderas campañas de vituperio o de alabanza contra gobiernos de América, según el ritmo de las condescendencias o de las resistencias a los grandes intereses imperialistas de Norte-América. Y nos encontramos en el Continente con que no sólo no hay en general—salvo honrosas excepciones—órganos de pensamiento libre, pero ni siquiera periódicos de información desinteresada. Todas estas circunstancias hacen que París vuelva a ser el centro natural de actividades que tienden a organizar las fuerzas morales de la raza española en América. La diferencia, sin embargo, entre esta revista nuestra y las anteriores editadas también aquí en español, se encuentra en la circunstancia ya señalada de que no vamos a tomar el pensamiento aquí formulado para reflejarlo en América; sino que vamos a procurar que aquí cristalicen las corrientes americanas para devolverlas a la América, organizadas y capaces de conducir a una acción constructiva.

"En esta revista no se invita especialmente a nadie, dado que su actuación en ella implicará responsabilidades, por lo menos respecto de ciertos gobiernos, pero en cambio se aceptará con beneplácito la colaboración de todos los hombre libres de América. Reafirmamos nuestra consideración, nuestro respeto por todos los ingenios ilustres del Continente, y queda entendido que nuestras páginas están a sus órdenes, pero, al mismo tiempo, quisiésemos que estas páginas de un periódico libre sirvieran para crear reputaciones ilustres, válidas para el porvenir. Esto quiere decir, que los jóvenes de América, y todos aquellos, hombres o mujeres que se sienten agobiados por la situación miserable que prevalece en la mayor parte de nuestros países, encontrarán en nosotros una oportunidad de dar salida a su pasión generosa. Si no fuese porque los lemas han sido objeto de abuso que fatiga, diríamos que la regla de esta revista será *publicar lo impublicable*. Lo impublicable para los tiranuelos, los militares, los banqueros, los patibularios, la casta de traidores que de un extremo a otro de nuestra América, venden y traicionan los intereses de la raza en favor del más fuerte.

Una experiencia constantemente repetida, nos ha convencido de que salvo órganos beneméritos como el *Repertorio Americano* de Costa Rica, no hay en general en la América española donde expresar una verdad que, sin embargo, atormenta todos los pueblos. La existencia de esta revista nuestra en París, como intento de liberación, deberá por lo mismo contar con el apoyo de todos los patriotas hispanoamericanos.

"Hasta la fecha, los órganos de publicidad de Hispanoamérica han estado en poder de extranjeros; estos extranjeros nos han mandado algunas veces su cultura o su arte en forma relativamente desinteresada; así lo han hecho, por ejemplo, las viejas casas francesas conocidas en todo el Continente. En los últimos años, sin embargo, este esfuerzo civilizador está

siendo suplantado por las casas norteamericanas modernas que no llevan otra misión que el lucro, y nos inundan de ideas rudimentarias y de pensamiento elemental, con daño para los valores más altos, y con perjuicio de nuestra economía. Nuestra revista, entonces, invertirá estas antiguas corrientes procurando hacer la selección ideológica implícita en toda publicación, con un criterio autóctono, nacional, hispanoamericano. Será como, si en el orden del comercio, en vez de que nuestros países estén subordinados como lo han estado durante un siglo, a la mercancía que viene del exterior, ahora, al contrario, son ellos los que envían al agente de compras para que tomen lo que conviene y deseche la baratija de la exportación que conviene a los imperios. Antes que hablar a nuestros lectores de la más reciente trivialidad de la moda francesa o del último capricho de los reyes del mercado americano, nuestros lectores estarán al tanto de lo que ocurre en el último rincón de Nicaragua o de Bolivia.

"Junto con la revista, se irá formando una Editorial en la que se afirmen las mismas tendencias de la publicación. La Editorial podrá tomar libros extranjeros para difundirlos en el Continente hispánico, pero siempre y cuando estas obras concuerden con la tendencia hispanoamericana o la estimulen; lo contrario sería seguir contribuyendo a la dispersión de ideas que ha prevalecido entre nosotros como antecedente de nuestra ineptitud en la acción".

Aquí terminan las declaraciones de José Vasconcelos. Él sabe, porque acaba de recorrer una parte del Centro y del Sur de América, con qué interés se aguarda la aparición de *La Antorcha*. En países tan atormentados como los nuestros, no se necesita ser profeta para vaticinar que la revista del maestro de la Juventud iberoamericana será lo que todos esperan de ella: tribuna, mensaje, guía, escuela de voluntad; y sobre todas las cosas, semilla para la próxima cosecha.

Carlos Deambrosis-Martins

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.
 Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS	REFRESCOS	SIROPOS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA,	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
 Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFÉRVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica